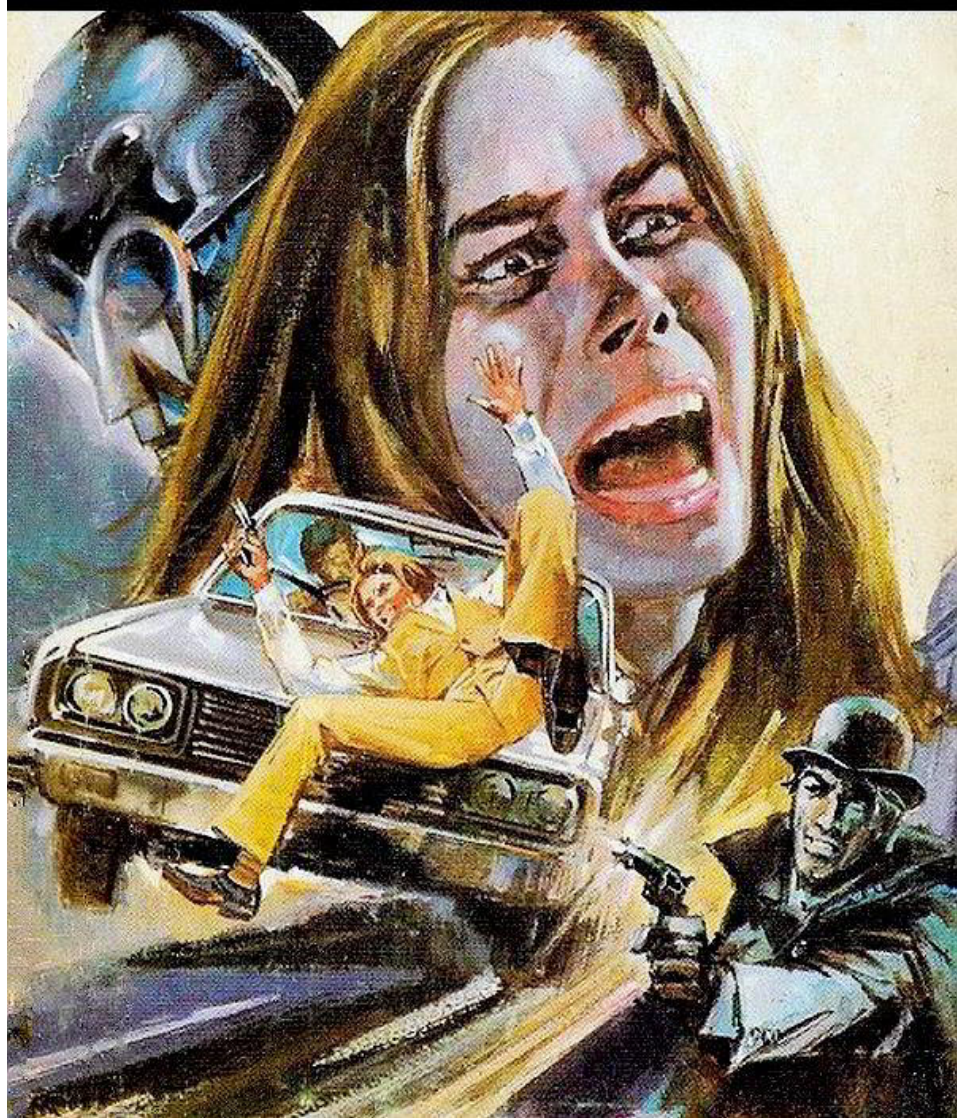


SERVICIO
SECRETO

Ss

CRANEO DE ACERO

Curtis Garland



Un misterioso asesino que parece tener el cuerpo cubierto de acero está matando a los agentes secretos británicos más destacados. El jefe del Servicio Secreto decide que Darrin Wolfe, un ex agente caído en desgracia y que actualmente cumple condena, es el más indicado para hacer frente a esta situación por causas muy particulares...

Unas ligeras gotitas de terror y alguna más de ciencia ficción junto con una trama interesante y un tanto original conforman esta excelente novela policiaca de Garland. Aunque una de las «sorpresas» finales se ve venir de lejos, hay otra que si que pilla desprevenido al lector... o por lo menos a un servidor. La portada, como siempre, no refleja nada que aparezca en la novela pero han tenido el detalle de poner ese «Cráneo de acero» aunque no se corresponde con la descripción que de él hace el autor.



Curtis Garland

Cráneo de acero

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1549

ePub r1.0

Lds 25.01.19

Título original: *Cráneo de acero*

Curtis Garland, 1980

Cubierta: M. García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Slim Walker miró a uno y otro lado, maletín en mano.

No descubrió más que el andén ferroviario, largo y desierto, las máquinas «Diésel» alineadas en vías muertas, y el brillo helado de las luces de la estación, reflejándose en las vías férreas como si éstas fuesen cuchillas afiladas, centelleando en la noche.

A su alrededor, silencio y quietud. En la distancia, un agudo silbido perforando la oscuridad. El tren se aproximaba. Pero aún estaba lejos.

Miró su reloj al reflejo de una farola que agitaba el fuerte viento del Canal. Pisó el viejo suelo de madera, que crujía bajo sus zapatos. El aire salobre olía a yodo, a frío y humedad. Tras el silbato del tren que se aproximaba, unas gaviotas añadieron su coro de chillidos agrios y estridentes.

Slim Walker se paró ante el tablero del horario de trenes, lanzando una imprecación entre dientes.

—Puntualidad inglesa, ¿eh? —Gruñó entre dientes, volviendo a pasear por el andén sin soltar su maletín—. Veinte minutos de retraso en venir de Londres. Y está solo a hora y cuarto de distancia...

Eran ya las nueve menos diez de la noche. Alrededor de la estación, las paredes y tapias le separaban de las luces de la población de Folkestone dispersas allá en la oscuridad nocturna, en la población dormida y tranquila. Cerca de la estación, los *ferrys* de la Sea Link esperaban su viaje del día siguiente a través del Canal, rumbo a Calais.

Era un sitio solitario y triste, como todas las estaciones ferroviarias del Canal. Slim Walker no se extrañaba de ello, porque las conocía bien. Lo que más le sorprendía era la escasa formalidad

de los horarios ferroviarios británicos, después de haberse habituado a la rigidez horario del continente, en especial Alemania, Suiza y Bélgica.

Pero esto era Inglaterra, después de todo. Un simple viaje breve, desde Londres a la costa del canal, podía significar una hora de retraso, según la velocidad del viejo convoy y según la hora de salida de la estación Victoria. Paradojas de la tradicional seriedad británica.

Aquél no era un tren normal para Slim Walker. Por eso le irritaba la demora. Había tantas cosas pendientes de aquel encuentro en el solitario andén... Tantos riesgos y problemas, si no se encontraba con la persona que tenía que llegar de Londres en aquel ferrocarril...

El no podía ir a Londres. Era demasiado arriesgado. Le conocían demasiado bien ciertas personas de las islas. Por eso el lugar y hora elegidos habían sido aquéllos. En Dover no era fácil que le identificase nadie. Sus documentos no estaban extendidos a nombre de Slim Walker, agente secreto de Su Majestad, sino a nombre de un tal André Jovelet, de nacionalidad francesa. Su francés era perfecto. Su mostacho, también resultaba sumamente afrancesado. Nadie podía sospechar de él, allí donde no era conocido.

Al fin, las luces del tren fueron visibles en una curva, allá al fondo del oscuro panorama. De nuevo silbó la máquina, como feliz de llegar a su destino, pese a todos los avatares del horario británico.

Walker suspiró con alivio, relajándose un poco. El convoy enfiló la recta hacia la estación, haciendo trepidar las vías con su rápida marcha. El agente secreto británico sufrió un sobresalto.

La madera del andén, vieja y carcomida, pese a la capa de reciente pintura dada a la vetusta estación, crujía de nuevo a sus espaldas. Miró con rapidez, aferrando instintivamente el asa de su maletín con mano crispada.

Otro que esperaba el convoy. Se quedó mirando a la persona que aparecía, con una cierta mueca de alivio.

Era una mujer.

Una mujer joven, esbelta, bien formada, de cabellos rojos; falda corta, sobre sus bien torneadas piernas. Parecía que la moda de la minifalda volvía, pensó mecánicamente Slim Walker, con infantil

frivolidad, dado lo importante y dramático de su situación actual.

Ella le miró indiferente, con ese recelo instintivo con que dos personas desconocidas se miran en un lugar solitario y oscuro. Un bandazo de aire saturado de humedad agitó las luces de la estación nuevamente.

La mujer se alejó calculadamente de él, con pasos breves y seguros. El aire jugaba con su melena corta y rojiza, echándole mechones al rostro.

Slim Walker no se movió ya. Despreocupándose de la mujer, que tal vez esperaba a una amiga, un amigo o un novio, esperó a pie firme la llegada del convoy. Las luces de éste brillaban ya, reflejadas en las vías inmediatas y en los cristales de una edificación destinada, sin duda, a material ferroviario, en el acceso al andén.

Trepidaban las vías ruidosamente con la marcha del tren. Eso impidió a Walker advertir nuevos crujidos de la madera del andén. Y esta vez a sus espaldas... muy cerca de él.

De repente, otro golpe de aire agitó las farolas colgadas, y una sombra humana bailoteó en el suelo, mezclándose con la de Slim. Y esa sombra no era la de una mujer.

El agente británico giró la cabeza, alarmado, llevando su mano diestra con rapidez hacia el interior de su gabardina. La figura humana recién aparecida, estaba allí, ante él, erguida a espaldas suyas, alzando sus brazos con aire amenazador.

Un horror infinito se reflejó en el rostro del agente Walker, cuando las luces del tren se reflejaron extraña, glacialmente, en el rostro de aquel hombre de ancho abrigo oscuro y sombrero, erguido ante él.

La sorpresa le paralizó. Pese a que había empuñado su pistola, y la tenía medio extraída de su bolsillo, algo le paralizó músculos y nervios durante un segundo funesto para él. Una mueca de espanto e incredulidad asomó a su faz convulsa, encarada con el misterioso personaje que acababa de aparecer tras él, de entre las sombras del andén.

—No... es posible... —jadeó, trémulo, con voz ronca.

El otro personaje no vaciló. Cayó sobre él con rigidez de movimientos. Alzó sus manos enguantadas, grandes y poderosas, que cerró sobre el cuello de Slim Walker.

Le bastó una sola presión, brusca y terrible. Los huesos crujieron

en la garganta de Walker. Los cartílagos cedieron, como triturados por una apisonadora en vez de unos dedos humanos.

La sangre fluyó, violenta y tumultuosa, escapando por entre los labios del infortunado agente secreto, cuyo cuello, entre los dedos de su agresor, era ya como una piltrafa, apareciendo huesos astillados entre jirones de piel y carne. Alzó el ser demoníaco a su víctima en el aire, como a un monigote, arrojándolo luego contra el suelo del andén, iluminado ya por el rectángulo de las ventanillas del tren que iba deteniéndose, y dio media vuelta, alejándose con rápida y brusca zancada de aquel cuerpo agonizante, roto, de garganta destrozada, hecha una pulpa espantosa.

Se enfrentó cara a cara con la joven y solitaria mujer de los cabellos rojos, que acababa de aproximarse, en busca de alguien que, sin duda, llegaba en aquel tren, y que justamente entonces, con ojos horrorizados, terminaba de ver el espectáculo terrorífico de un hombre convulso, con la faz contraída, los ojos desorbitados, la garganta triturada, y vómitos de sangre constantes, empapando en rojo sus ropas y el suelo de tablas del andén.

Un alarido de horror infinito escapó de la boca femenina, cuando contempló aquel ser abatido. Y creció más aún en intensidad y fuerza, apenas fijó su mirada atónita y angustiada en el rostro que aparecía bajo el sombrero de color oscuro.

Se tambaleó, a punto de desvanecerse, y el monstruoso asesino se aproximó a ella con paso lento, pesado, inexorable... Llevaba en una mano el maletín del agonizante, pero la otra, engarfiada, con el negro siniestro y brillante de su guante de cuero, parecía suficiente, dada su fuerza sobrehumana, para aplastar a la infortunada testigo de aquel horror.

Por fortuna para ella, en aquel momento, detenido ya el tren, comenzó a bajar gente de sus casi desiertos vagones. No era mucha, pero bastó para salvar su vida de una suerte espantosa, sin duda alguna.

Seis u ocho jóvenes formando un grupo bullicioso, con bufandas de vivos colores, emblema de su club de fútbol preferido, bajaban de un vagón, cantando una tonada juvenil, de aire deportivo, alusiva a ese mismo club. Una pareja descendía de otro vagón, y cuatro o cinco personas más, de diversa edad, estaban poniendo el pie en el andén, más iluminado por las luces interiores del convoy

que por las que allí había instaladas, en el instante en que ella gritaba aguda, desesperadamente, y el monstruoso ser de las manos trituradoras se disponía a atacarla.

—¿Qué le ocurre? —exclamó alguien, alarmado.

Y varios de los jóvenes dejaron de cantar, señalando a la muchacha.

—¡Eh, fijaos! ¡Esa chica! ¡Está muerta de miedo, y ese tipo parece que va a atacarla!

—¡Mirad! —añadió otro—. ¡Hay un hombre en tierra, desangrándose...!

De mutuo acuerdo, todos corrieron hacia la muchacha. Era un grupo de mocetones fuertes y decididos, y eso, sin duda, influyó en el agresor, cuando de soslayo, su rostro medio cubierto por las solapas subidas de su abrigo, se volvió hacia ellos.

Un sonido sordo, metálico, escapó de entre las sombras que formaban su faz bajo el ala del sombrero y las solapas subidas, y de repente echó a correr, desapareciendo con pasmosa agilidad por una de las puertas de salida del andén.

—¡A por él! —gritó uno de los jóvenes—. ¡Se escapa!

—Parece que ha matado a ese hombre —señaló uno, que se había arrodillado junto a Slim Walker—. Este infortunado está muerto... Tiene el cuello destrozado.

Se inició la persecución fuera de la estación de Folkestone, hacia el cercano nacimiento de luces de la ciudad dormida y silenciosa. Delante de ellos, las sordas pisadas del fugitivo retumbaban en el largo túnel de salida de la estación. Los muchachos, pese a su evidente agilidad y fuerza física, no lograban dar alcance a su perseguido, ni siquiera aproximarse más a él.

Cuando dejaron atrás el edificio de la estación, que habitualmente servía a la vez de paso de aduanas hacia los *ferrys* que surcaban el canal hacia el continente, descubrieron entre los cobertizos y edificaciones de servicio ferroviario y naval la figura del misterioso asesino.

—¡Allí! —chilló uno del grupo—. ¡Se nos escapa, maldita sea!

—Por mucho que corra, no se va a escabullir —aseguró otro—. Nadie es más rápido que yo, os lo aseguro...

Y corrió desesperadamente, poniéndose a la cabeza del grupo, en su afán de dar caza, como fuese, al misterioso agresor del andén

ferroviario.

Por desgracia para ellos, pronto tuvieron que desistir. El hombre desapareció tras una cerca. Fue solamente un par de segundos. Luego, reapareció, montado en una poderosa motocicleta «Hayley Davidson», de gran carenado. Los jóvenes oyeron rugir su motor, y vieron el inicio de la carrera. Se pararon en seco, con desaliento.

—¡Cielos! Echale un galgo... —farfulló el que comandaba el grupo—. Con esa máquina no le alcanza ni un automóvil...

En efecto. La potente motocicleta arrancaba ya, a toda marcha, entre el poderoso rugido de su motor, alejándose vertiginosa en la noche, en dirección opuesta a las luces urbanas de Folkestone.

—Se nos escapó —masculló otro de los muchachos—. Hay que avisar a la policía, no hay otra solución...

Regresaron, abatidos, al andén ferroviario, descubriendo que el grupo de los restantes jóvenes, así como el conductor y el revisor del ferrocarril, atendían a la muchacha pelirroja, junto con el propio jefe de estación, que había aparecido al fin, tardíamente para no ver nada.

—Se desvaneció, pobre muchacha —dijo uno de los presentes.

Un hombre de edad madura, cabellos canosos y bigote digno de un viejo militar en las colonias de Su Majestad, estaba inclinado junto a ella, pálido y preocupado. Explicaba al jefe de estación:

—Es mi hija... Me vino a esperar esta noche a la estación. No sé por qué lo hizo, porque hago este viaje cada noche, tras terminar mi trabajo en la capital... Pobre Molly, ¿qué habrás visto, hija mía, para sufrir este desvanecimiento? Ella, siempre tan valiente, tan decidida... Estudia para enfermera, ¿saben? Por eso no comprendo... La vista de la sangre no pudo aterrorizarla hasta ese punto. ¿Qué pudo ser?

Nadie podía contestarle, porque nadie había visto nada, salvo la sombra amenazadora del misterioso agresor, intentando atacarla a la llegada del convoy. Sólo Slim Walker, que vio, igual que ella, el rostro de su atacante antes de morir, hubiese podido explicar a los presentes la razón de aquel pánico que condujo a una valerosa muchacha al desvanecimiento.

Pero los muertos no hablan ni explican nada. Y ella tardaría en hacerlo, cuando estaba ya en un centro asistencial de Folkestone, atendida por un médico.

Aun así, sus primeras palabras, cuando fue interrogada por el constable de la policía de Folkestone, fueron tan incongruentes como inexplicables para todos los que la oyeron. —¿Si vi al asesino preguntan?— asintió, muy pálida, demudada—. Claro que lo vi. Tan claramente como ahora les estoy viendo a ustedes... Pero... pero era horrible... Horrible, se lo juro... Porque aquel ser... aquel ser no era humano.

CAPÍTULO II

Richard Clayborne, jefe del Departamento de Servicios Especiales del Intelligence Service, se mostró preocupado al leer el telegrama recién llegado a sus manos. Era breve y preciso, expedido en Londres:

«Póngase inmediatamente en camino. Miembro personal muerto circunstancias misteriosas». Saludos,

»*Sir Guy*»

Cuando el propio *sir* Guy Haverley firmaba un telegrama, es que algo muy grave sucedía en Londres. Richard Clayborne sabía eso por experiencia. Y maldita la gracia que le hacía ahora, una vez iniciado su bien ganado período de descanso, tras el difícil y complejo asunto de Holanda, volver a la metrópoli a hundirse en los farragosos asuntos oficiales de su departamento. Sin embargo, no había más remedio. Había elegido un lugar tranquilo, aislado, en el que nadie le molestaba, ni siquiera el timbre del teléfono. Pero no había lugar en Gran Bretaña adonde no llegase un telegrama, y ésa era su desgracia.

—Debo volver inmediatamente, cariño —dijo a su acompañante.

—Oh... —se lamentó ella, contemplando con tristeza la botella de champaña puesta a enfriar en el cubo plateado, y luego fijando su mirada en él—. ¿Es posible, Richard querido? Dijiste que esta semana era toda nuestra...

—Y no te mentí, querida mía —suspiró él—. Así era, hasta el momento de llegar el repartidor de telégrafos con este mensaje. No

puedo evadirme de mis obligaciones. Me necesitan con urgencia en Londres.

—¿No pueden prescindir de ti ni siquiera por unos días?

—Normalmente, sí. Algo anormal sucede, sin embargo —guardó el telegrama en su bolsillo—. Lo siento, Jean, de veras lo siento tanto o más que tú. Nos habíamos hecho planes para estos días, pero... es inevitable. Debo Volver.

—¿No será una artimaña de tu ex mujer? —dudó Jean, pensativa—. Ella es capaz de todo, con tal de estropear tu felicidad...

—No, no. Es cosa oficial. Ella no tiene nada que ver en esto, aunque no hubiese dudado, como tú dices, en recurrir a juego sucio para alejarme de ti. Ah, y recuerda una cosa. No te acostumbres a llamarla todavía mi ex mujer. Sigue siendo mi esposa legalmente, en tanto no se resuelvan los trámites. ¿Crees que, de otro modo, te traería aquí secretamente, como si fuese una vulgar conquista? Tenemos que andarnos con mucho tacto, o podría interponer otra demanda por adulterio, y complicar las cosas. Confío en que dentro de pocos meses, ya esté totalmente libre.

—Lo comprendo, Richard. Perdona si soy egoísta, pero me había hecho tantas ilusiones sobre estos primeros días que íbamos a pasar juntos...

—Igual me ocurre a mí —se puso en pie, respirando hondo—. Bien, prepararé mi equipaje enseguida. A esto le llamo yo terminar pronto unas vacaciones... Ni siquiera tuve tiempo de deshacer totalmente las maletas...

Se dirigió a la vecina habitación, donde había pensado vivir horas inolvidables de su idilio, en aquellas fechas de reposo para el funcionario de los Servicios de Inteligencia británicos. Todo eso, ahora, estaba roto, triturado por un simple mensaje telegráfico de Londres. Así era su trabajo. Así era su vida al servicio de Su Majestad.

Le bastó poco tiempo para tenerlo todo a punto. Cerró su ligera maleta, y se encaminó a la salida, con un suspiro. Jean caminó a su lado. Parecía desolada. Miró alrededor, al acogedor *cottage* que, de repente, le parecía profundamente vacío y triste.

—¿Qué haré yo aquí sola durante tantos días? —se quejó—. He dejado mi tarea en el Ministerio por estas fechas, y ahora no puedo

rectificar y volver a la oficina...

—Espera, por favor, Jean —se detuvo a la puerta de la casita campestre, perdida en aquel bello, verde y solitario paraje de Coventry—. Es posible que todo tenga arreglo en uno o dos días, y pueda regresar aquí enseguida. Confía en ello. Si pasado mañana, en todo el día, no recibes un telegrama, emprende viaje a Londres y llámame al número que sabes. Trataremos de arreglar de alguna forma nuestros días de asueto estropeados, palabra.

La besó. Ella se colgó de su cuello. Prolongó el beso lo más posible. Luego, se separaron. Dirigiéronse una larga mirada pesadosa.

—Hasta pronto, Jean —dijo él.

—Hasta pronto, Richard. Y cuídate.

—Lo intentaré —sonrió él—. En Londres no hace aún demasiado frío. El invierno empieza el próximo mes.

—No me refería al clima. Tu trabajo nunca es seguro.

—Oh, ¿eso? —rió de buena gana, apartándose de ella y echando a andar por el jardincillo que rodeaba el *cottage*—. No te preocupes. Estoy habituado a ello. Después de todo, son los demás los que corren los riesgos. Los burócratas nunca llevamos ni siquiera un arma encima, querida...

Se alejó, en dirección al garage. Momentos después, el automóvil abandonaba la residencia, dejando allí a Jean, con su propio coche descapotable encerrado en el garage, sola y sin esperanzas de recuperar pronto a su compañero de alojamiento de aquellos días de vacaciones.

El automóvil de Richard rodó frente al edificio. El agitó su brazo, en despedida. Ella respondió, sintiendo una extraña corazonada. Como si fuese algo más que una breve separación...

Richard Clayborne miró atrás, a la casita que se perdía en la distancia, tras una curva del sendero, oculta pronto a su mirada por la arboleda y otras cercas de vecinas propiedades campestres.

Y él tuvo también, de repente, la corazonada de que algo iba a suceder. Algo que, tal vez, haría de aquella separación un verdadero abismo.

Richard no estaba equivocado al pensar así. Algo iba a interponerse definitivamente entre él y su joven amante de ahora. Algo tan definitivo, tan terrible como es la muerte. La muerte a

manos de un ser capaz de matar de modo escalofriante y atroz...

* * *

—Muerto...

—Sí, señor. Con el cráneo aplastado.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Un accidente de automóvil, acaso?

—Eso parecía en principio, porque estaba reclinado sobre el volante, su coche empotrado contra un árbol, en la carretera Coventry-Londres. Pero la policía de tráfico ha comprobado en su examen provisional que eso no encaja con la realidad. El señor Clayborne llevaba puesto el cinturón de seguridad, y no pudo estrellarse de ese modo contra el volante. Además, parece ser que cuando se produjo el choque, él ya estaba muerto, abatido sobre su volante.

—Espero que la policía me aclare ese aspecto de la cuestión —comentó agitadamente *sir* Guy Haverley.

—Estamos esperando otro informe pericial de un experto de tráfico enviado allí urgentemente —explicó su secretario con rapidez—. Y, además, hemos solicitado de Scotland Yard que intervenga de modo discreto, y se le haga la autopsia al señor Clayborne.

—Maldita sea... —*Sir* Guy paseó de modo nervioso e inquieto por la estancia, mordiéndose el labio inferior repetidas veces—. Era el hombre encargado de este asunto, y nos quedamos sin él... En sólo cuatro días, hemos perdido a dos de nuestros mejores hombres: Slim Walker en Folkestone, ahora Clayborne...

El timbre de su teléfono sonó insistente. *Sir* Guy hizo un gesto de desagrado y su secretario se apresuró a descolgar.

—Oficina de *sir* Guy —habló—. ¿Quién llama?

Escuchó, respondiendo con monosílabos. Parecía sorprendido, sobresaltado. Sacudió la cabeza, indeciso.

—Sí, entiendo. Un momento. Veré si puede ponerse *sir* Guy...

Depositó el teléfono sobre la mesa. Miró a su jefe. Éste arrugó el ceño con aire contrariado.

—¿Quién diablos está al aparato? —Gruñó—. No quiero hablar con nadie, no estoy de humor, Bert.

—Lamento insistir, señor —habló Bert con tono grave—. Son

malas noticias.

—¿Malas?

—Peores, diría yo. Se trata de... de otra muerte violenta, *sir* Guy.

—¿Qué? —bramó el alto funcionario, precipitándose hacia el teléfono—. ¡No puede ser que ocurran más cosas así, por todos los diablos! ¡Hable! ¡Soy *sir* Guy Haverley! ¿Qué es lo que sucede, exactamente?

—Perdone las malas novedades, *sir* Guy —dijo una voz al otro extremo del hilo—. Le habla el superintendente McMurray, de Scotland Yard. Hemos encontrado el cadáver de un hombre en los estuarios del Támesis. Identificado como Leonard Mills, miembro de los Servicios de Su Majestad, me he apresurado a informarles a ustedes, antes de llevar adelante el caso.

—Leonard Mills... —repitió *sir* Guy sordamente, sintiendo un escalofrío—. Cielos, no es posible... uno de nuestros mejores hombres... ¿Cómo murió, superintendente?

—No lo sabemos. Hay un testigo presencial, al parecer, pero era un tipo ebrio, un trabajador portuario que salía de un cercano *pub* sobre las diez de la noche, hora en que se cometió el crimen.

—¿*Crimen*? —volvió a repetir *sir* Guy las palabras de su interlocutor—. ¿Ha dicho usted *crimen*?

—En efecto. No creo que quepan dudas sobre eso, desgraciadamente. Le machacaron virtualmente, *sir* Guy.

—¿De... de qué modo, superintendente?

—Le remitiré ahora mismo un informe completo, junto con el dictamen médico, previo a la autopsia. Pero los datos iniciales señalan muerte por trituración de su cráneo y de su cuello por algo de gran fuerza y poder. Virtualmente, su rostro es una masa sanguinolenta, lo mismo que su cráneo y cuello. Como si le hubieran machacado con alguna máquina, con algo metálico de gran potencia destructora.

—Dios mío... —Se estremeció *sir* Guy—. Lo mismo que los otros...

—Perdone, *sir* Guy, no le oí bien...

—No importa, no importa. ¿Qué dijo ese presunto testigo que usted citó? —Pasó a interrogar el alto funcionario, enjugándose el sudor.

—Bueno, ya sabe cómo son esa gente que bebe de más. Siempre ven cosas raras o no ven nada. Lo cierto es que su informe no resulta muy verosímil. Según él, vio cómo un hombre agredía a otro, limpiamente, con sus solas manos, que el otro forcejeaba, inútilmente, y empezaba de pronto a chillar de forma desesperada, mientras el adversario martilleaba su cabeza y rostro con ambos puños, le sujetaba luego por el cuello, y lo arrojaba al suelo, tras parecer estrangularle. Asustado, el hombre del *pub* echó a correr, buscando al *policeman* más cercano, que halló patrullando a cosa de dos manzanas de allí. Cuando llegaron, había un hombre en medio de un charco de sangre, horriblemente golpeado y machacado como le digo, hasta causarle la muerte. En buena lógica, no es posible atribuir eso a un simple cambio de golpes entre dos hombres. Ni siquiera unos nudillos de metal de los que usan muchos maleantes en ocasiones, podría hacer tal destrozo en una persona, a menos que estuviese golpeándola durante horas enteras. Y aún así, sería difícil que llegase a hundirle el cráneo de ese modo... Por tanto, el agente arrestó al testigo, como presunto sospechoso, al menos de complicidad o encubrimiento de los hechos, pero tuvimos que soltar al pobre diablo, porque tenía una sólida coartada: los gritos del atacado se empezaron a oír en el *pub*, justamente cuando él abría la puerta de la taberna. Otros testigos, presentes en la taberna, vieron huir a una figura alta, gigantesca, que se perdió en el laberinto de las instalaciones portuarias. Todos coinciden en que no llevaba nada en sus manos, y vestía un largo abrigo y un sombrero oscuro.

—¿Es todo lo que saben?

—Todo, sí. El testigo es hombre de buena conducta, que bebe a veces un poco de más, pero nunca provocó camorras ni escándalos. El, aun sereno, jura y perjura que es lo que vio: simples puñetazos a la víctima, y nada más. Pero clínicamente, los médicos dicen que no es posible. Esas lesiones horribles sólo pueden ser causadas con algo metálico, potente, triturador, en una palabra.

—Superintendente, existe un caso todavía pendiente de resolver, como es la muerte de otro miembro de nuestra organización entre Coventry y Londres.

—Sé a lo que se refiere. Por eso le llamé enseguida que he recibido estos datos contradictorios sobre los sucesos del estuario. Se refiere a Richard Clayborne, ¿no es cierto?

—Sí, a él me refiero.

—Oficialmente, por ahora, fue víctima de un accidente circulatorio...

—Sólo oficialmente. Existen ciertas discrepancias forenses sobre...

—Sé a lo que se refiere —le atajó el policía—. He hablado con el médico encargado del caso, y conozco las objeciones que establece a la aparente normalidad de muerte por accidente automovilístico. He requerido su ayuda para el examen del cadáver de Leonard Mills, y comprobar así qué puede haber de común en ambos casos.

—De momento, hay algo muy en común, superintendente: que ambos trabajaban para el Servicio de Inteligencia británico.

—Sí, lo sé.

—Y hay algo más: ¿recuerda la muerte de otro agente nuestro en Folkestone, hace cinco días?

—¿Se refiere al trágico fin de Slim Walker, que bajo la falsa documentación de ciudadano francés residía en el continente como agente de Su Majestad?

—Exacto. ¿Recuerda los detalles, los resultados de la autopsia?

—Sí, lo recuerdo muy bien. Le destrozaron el cuello.

—Destrozado, al parecer, con unas poderosas tenazas, según el forense. Sin embargo, un testigo, una joven que esperaba a su padre en el andén de Folkestone, afirma que su agresor le atacó solamente con sus manos.

—Sí, así fue.

—Y..., ¿recuerda otro detalle de aquel testigo, superintendente?

—No es fácil olvidarlo —resopló el superintendente McMurray—. La joven fue internada víctima de una fuerte crisis nerviosa, en un centro sanitario de la región. En principio, se pensó que deliraba. Pero ella se ha mantenido en su declaración inicial: vio el rostro de aquel hombre. Y asegura que «no era humano».

—¿Dónde está ahora esa joven?

—De regreso en el hogar paterno, en Folkestone. Se encuentra clínicamente bien, muy recuperada de su crisis.

—Y aun así, insiste en que vio claramente al agresor, ¿no es cierto?

—Sí —admitió el superintendente, con tono de vacilación.

—¿Qué dice usted a ello?

—Nada. Estoy confuso. Tal vez estos dos nuevos casos sirvan para darnos algo de luz.

—O para confundirnos más aún —declaró amargamente *sir* Guy.

—Es que yo me resisto a creer las palabras de esa joven —confesó el policía de Scotland Yard—. No puedo admitir, en buena lógica que... que un hombre normal, que deambula por ahí, por muy asesino que sea, por muy fuerte y brutal que se muestre en sus agresiones, pueda ser... pueda ser...

—¿Un hombre «con el rostro metálico»? —completó sarcásticamente *sir* Guy.

—Sí, ciertamente. ¿Cómo puede haber nadie que tenga «todo» su rostro de metal, un cráneo... «un cráneo de acero», *sir* Guy?

—Un cráneo de acero... Sí, ¿cómo es posible? Y sin embargo, esa joven asegura haber visto a aquel asesino su cara de acero, fría e inexpresiva...

* * *

—Una cara de acero...

—Es lo que afirma un testigo. Otro, asegura que un personaje de parecida apariencia, atacó a Mills en el estuario del Támesis. Alto, fuerte, usando solo sus manos... y sin embargo, triturando brutalmente la cabeza y cuello de su adversario...

—Dos testimonios resultan extraños cuando coinciden en algo tan insólito, ¿no, *sir* Guy?

—En efecto. Terriblemente extraño. Además, todos ellos eran agentes nuestros, ¿no es cierto?

—Sí, lord Henry. Todos agentes nuestros. Y de primera línea, gente escogida, que tenía a su cargo asuntos importantes en estos momentos, o los habían terminado recientemente. Otro agente nuestro, Martin Ward, viajaba en el tren de Folkestone, para recoger de manos de Walker un maletín con material importantísimo obtenido por nuestro agente en Europa, en el caso de los missiles desaparecidos en los cuarteles de la OTAN. Todo ello, ahora, no nos sirve absolutamente de nada, y nos deja de nuevo en el mismo punto que estábamos antes... con el agravante de haber perdido, además, a un agente de importancia fundamental, como Walker. A cuya pérdida se une, por si fuera poco, las de Richard Clayborne y

Leonard Mills. Nuestros mejores hombres, en suma.

—¿Alguien sabía la personalidad real de esas tres personas?

—No, lord Henry. Walker era un hombre de quien poca gente sabía la verdad. Clayborne era director de departamento, y no actuaba de forma directa en los asuntos. Y Mills tenía ahora a la vista una importante misión en Asia Central. Ignoro qué pudo llevarle al estuario del Támesis a encontrarse con su asesino. No nos informó en absoluto de ese hecho.

Y ahora, ya no le es posible decirnos nada de nada. —Bien, *sir* Guy— se impacientó lord Henry Greaves, alto funcionario de Ministerio de la Guerra británico, adscrito a la cancillería real como consejero del reino—. ¿Qué es lo que piensa hacer, por tanto, para resolver este caso que puede dar jaque a nuestro Servicio de Inteligencia?

—Estoy pensándolo, lord Henry. Lo malo es que no se me ocurre solución clara, porque es obvio que nuestros enemigos, sean quienes sean, conocen a fondo nuestra organización.

—¿Algún posible traidor?

—Podría haberlo —suspiró *sir* Guy, asintiendo—. Hemos estado examinando los archivos. Hay un hombre al que hemos prestado especial atención.

—¿Quién?

—Malcolm Berry.

—¡Malcolm Berry! —se sorprendió lord Henry, abriendo mucho los ojos—. Pero Malcolm Berry murió, ¿no es cierto?

—Oficialmente, cuando menos, ha sido dado por muerto —admitió de mala gana *sir* Guy—. De ello hace ya cinco años...

—Fue un traidor a la patria y a su deber —recordó lord Henry—. Se pasó a otra potencia extranjera, tras entregarles secretos militares y políticos nuestros que obraban en su poder.

—Cierto. Pero todos imaginamos que fue víctima de su propia traición...

—Es posible. Sabemos tanto como usted, lord Henry. Cuando pretendía pasar de nuevo a Inglaterra, bajo falsa personalidad, cometiendo su segunda traición, y provocando un criminal sabotaje en las instalaciones secretas defensivas de nuestras islas, pudo ser sorprendido por el hombre que mejor le conocía, de entre todos nosotros: el agente especial Darrin Wolfe. El le identificó, pese a su

alteración física, producto de excelente cirugía plástica, y evitó el atentado, consiguiendo que estallase su carga explosiva antes de tiempo, lejos de nuestras instalaciones. El cuerpo de Malcolm Berry desapareció en la explosión, apareciendo luego restos humanos en los que aún permanecía una pulsera de plata con las iniciales de Berry, que coincidían con las de su falsa identidad, y una cicatriz en su brazo, amputado del resto de su mutilado cuerpo, que pudo ser identificada como la que Berry se produjo en un antiguo caso. Más tarde, alguien encontró flotando una mano mutilada, con un anillo que identificó también Wolfe como de Berry. Y, en efecto, dentro del anillo estaba la fecha de su boda con Marion Berry, su esposa, de la que vivía separado últimamente.

—¿Y aún así hay dudas de que Malcolm Berry haya muerto?

—Sí. Existen esas dudas, lord Henry. Un hombre con la astucia y capacidad de Berry, podría ser capaz hasta de fingir su propia muerte y darse por desaparecido de este mundo para que nos confiáramos. El hecho de que ahora haya alguien que parece conocer a fondo a nuestros mejores y más secretos agentes, me hizo pensar en él, y en la remota posibilidad de que aún esté vivo, en algún lugar del mundo, informando a los servicios secretos enemigos.

—¿Cómo podría confirmar eso?

—No lo sé. Sólo existe una posibilidad: buscar a un hombre que no sea de nuestra organización. Alguien que ellos no puedan conocer, aunque exista otro traidor ahora entre nosotros. Es decir, elegir a un hombre, solos usted y yo en el secreto, lord Henry, para no correr riesgos.

—¿Y quién sería ese hombre?

—Alguien que no pertenezca de forma oficial a nuestra organización —dijo con calma *sir* Guy.

—¿Cómo? —se asombró lord Henry, abriendo enormemente sus ojos, bajo las hirsutas cejas blancas y espesas—. ¿Un extraño? No estará hablando en serio...

—Lord Henry, es obvio que si destinamos a cualquiera de nuestros agentes a esta tarea, el enemigo, quienquiera que sea y busque lo que busque con el asesinato constante de nuestros mejores hombres, se pondrá en guardia de inmediato, y hasta es posible que añada otro nombre a su macabra lista de hombres

masacrados: el nuevo agente elegido justamente para desenmascarar al culpable o culpables de esta cadena de atrocidades.

—Pero recurrir a otra persona que no perteneciese al Servicio Secreto, significaría poner en manos de un desconocido, de un extraño, posiblemente fácil de sobornar o de coaccionar para que nos traicione...

—Ya he pensado en ello. De todos modos, ese riesgo lo corremos también con nuestros propios hombres, porque estoy seguro de que uno de ellos, al menos, nos traiciona o nos ha traicionado ya previamente, dando al enemigo las listas de nuestros mejores agentes. —¿No pudo ser el propio Berry quien facilitara esa información, antes de su presunta muerte, con datos, señales concretas e incluso fotografías de sus compañeros traicionados al enemigo de Inglaterra, *sir* Guy?

—Pudo serlo, sí. Pero ahora, ¿quién conoce nuestros pasos, quién sabe qué personas están asignadas a determinados casos o tienen una importancia vital dentro de la organización, para que sea a ellos, precisamente, a quien les ocurra algo trágico e irreversible?

—De modo que sospecha que hay un Judas entre nosotros, *sir* Guy...

—Estoy seguro de ello.

—Es una sospecha muy seria. Realmente terrible para el prestigio del Servicio de Inteligencia británico, y para la propia seguridad de Inglaterra.

—Lo sé. Y por eso he tomado una decisión audaz, quizá demasiado temeraria. Pero necesaria en estos momentos, lord Henry.

—¿Qué decisión es ésa?

—Ya se lo dije: elegir a un hombre que *no* pertenece al Servicio Secreto inglés.

—¿Y ese hombre es...?

—El ex agente especial Darrin Wolfe, el mejor amigo de Malcolm Berry cuando éste trabajó para nosotros, antes de cometer su traición.

—¡Darrin Wolfe! —Pestañeó asombrado lord Henry—. Pero... pero si Wolfe es ahora un... un...

—Sé lo que es, señor —sonrió tranquila y fríamente *sir* Guy

Haverley—. Un expulsado del Servicio Secreto, un alcohólico que cumple condena por homicidio en la penitenciaría de Newgate, concretamente. Y, sin embargo, ése es el hombre elegido, por extraño que le parezca...

CAPÍTULO III

Darrin Wolfe se quedó mirando a *sir* Guy con ojos helados, en los que el gris pizarra de sus pupilas parecía cubrirse de escarcha. Su rostro, pálido, sombreado por una barba de varios días, no reflejó la menor emoción.

—Supongo que bromea, *sir* Guy —dijo roncamente.

—¿Cree que hubiese venido a visitarle en la prisión, adoptando toda clase de precauciones para no ser visto, sólo para burlarme de usted, Wolfe?

—Pero eso no tiene sentido —replicó Wolfe, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Es ridículo.

—Es extraño, simplemente. Insólito, si lo prefiere. Pero no ridículo.

—Me quedan por cumplir siete años de condena, *sir* Guy. Y llevo aquí tres, recuérdelo... —Lo recuerdo muy bien. Diez años fue la pena impuesta por homicidio, gracias a las circunstancias atenuantes de obcecación, móvil pasional y entrega inmediata a las autoridades. Pudo haber sido peor.

—Evidentemente. Pero *sir* William Harford no merecía ni siquiera una pena de dos meses. Era un canalla. Por eso le maté.

—*Sir* William era un hombre importante, prestigioso y respetable ante la sociedad londinense, Wolfe —suspiró *sir* Guy con expresión sombría—. No debió matarle a sangre fría.

—No fue a sangre fría. No fue un asesinato. Le permití defenderse. No lo intentó. Y cuando iba a marcharme, intentó matarme por la espalda. Yo me anticipé a él.

—Usted sabía que iba a intentarlo. No pensaba marcharse sin castigarle.

—Claro que no —rió Wolfe cínicamente—. Sabía que era un

cobarde capaz de todo por deshacerse de mí. Me volví de espaldas, caminé hacia la puerta, seguro de que reaccionaría del modo que lo hizo. Sacó su arma de la mesa, y giré sobre mis talones, disparando yo antes.

—Pudo herirle, sin necesidad de matarlo.

—Juré matarle. Y lo hice. Usted sabe por qué. También lo sabían los jueces y el fiscal. Y la prensa. Pero todos callaron. Sólo porque era un hombre aparentemente honorable, que incluso había sido recibido alguna vez en Buckingham Palace. Pero sabían que era un cerdo, un canalla, un degenerado. Por su culpa, se mató una muchacha buena y honesta. Desde ese día, juré vengarme.

—Desde ese día, hizo mucho más. Fue expulsado del Servicio Secreto por embriaguez, estuvo alcoholizado largo tiempo, hasta que decidió ajustar cuentas con *sir* Guy. Los abogados que nosotros le pagamos, tuvieron que luchar mucho para conseguir un veredicto de homicidio con atenuantes y salvarle de una condena interminable.

—Lo sé, *sir* Guy. Pero yo no pedí esa ayuda.

—Le debíamos mucho. Usted fue uno de nuestros mejores hombres durante mucho tiempo. No merecía terminar así.

—Aún no sé cómo terminaré. Ya le dije que me faltan siete años para salir de este maldito lugar.

—Responda afirmativamente, y saldrá esta misma semana.

Los ojos acerados de Darrin Wolfe volvieron a clavarse en *sir* Guy Haverley con expresión glacial. Apretó las mandíbulas.

—De modo que va en serio —dijo.

—Totalmente en serio, sí.

—¿Cómo me sacará de aquí? ¿Devolviéndome todos los honores acaso?

—No es posible. Sufre una condena que le impusieron los jueces. Ninguna persona ajena a la propia justicia podría sacarle de aquí.

—¿Entonces...?

—Se evadirá.

—¿De Newgate? No, gracias. Los guardianes me volarían la cabeza en un momento, apenas lo intentara.

—Eso no ocurrirá. Scotland Yard y nosotros colaboraremos en esto. Un funcionario del Ministerio de Justicia, un alto funcionario al margen de toda duda, intervendrá cerca del alcaide. Todo se

preparará favorablemente a su evasión, Wolfe.

—¿Y después?

—Tendrá un escondrijo, ropas, dinero y medios para ocultarse mientras la policía le busca del modo menos adecuado para dar con usted. Sólo el superintendente McMurray, de New Scotland Yard, estará en el secreto del asunto.

—Es una locura completa.

—Quizá. Pero es la única posibilidad que tenemos. Nadie pensará que usted vuelve a trabajar para nosotros. ¿Sigue bebiendo, Wolfe?

—Aquí no es cosa fácil —rió el cautivo—. Un vaso de virio o una cerveza, de vez en cuando. Durante el primer año, los psiquiatras y médicos de la prisión me trataron el alcoholismo. No era agudo. Era más bien desesperación ante lo ocurrido, *sir* Guy. Pudieron alejarme de la bebida, e incluso lograr que bebiese algo, sin embriagarme de nuevo.

—Perfecto. Para todos, seguirá siendo un alcohólico y un resentido que odia al Servicio Secreto y a las autoridades inglesas. Ésa es la clase de personaje que quiero sea de aquí en adelante Darrin Wolfe. Si acepta la misión, naturalmente.

—Supongamos que acepto. ¿Qué ganaré con ello?

—En primer lugar, servir a su patria.

—¿Y si eso no fuera suficiente motivo para mí?

—Una revisión de su proceso, probando la clase de persona que fue realmente *sir* William Harford, y demostrando que fue culpable del suicidio de una joven que iba a ser la esposa del agente Darrin Wolfe, de no haber sido por culpa de *sir* William, que la narcotizó y violó brutalmente, de modo que no hubiera pruebas contra él de semejante felonía. ¿Eso le bastaría?

—Posiblemente —se encogió de hombros Wolfe, sin comprometerse.

—Y, de desearlo usted, si triunfa en esta misión... la posibilidad de solicitar su reingreso en el Intelligence Service y ser admitido con todos los honores. Ésa es, concretamente, mi oferta.

—Y si fracaso...

—Si fracasa, Wolfe, no podré hacer nada por usted —declaró gravemente *sir* Guy—. Por la sencilla razón de que estará muerto. Ellos, quienquiera que sean, le matarán. No vacilan en hacerlo,

como le he explicado detalladamente.

—Lo suponía —afirmó Wolfe lentamente, quedándose luego pensativo, silencioso, la mirada perdida en el vacío, en los muros de la desnuda habitación de la penitenciaría, donde estaban conversando ambos hombres, por especial privilegio concedido a *sir* Guy por el alcaide.

El silencio se prolongó varios minutos. *Sir* Guy suspiró, impaciente, removiéndose en su asiento.

—Bien... —habló al fin—. ¿Qué decisión toma, Wolf? ¿Cuál es su respuesta? Si quiere, puede pensarlo con calma. Le doy veinticuatro horas para ello. Regresaré mañana a estas horas, y espero que para entonces...

—No será necesario —sonrió duramente Darrin Wolfe, levantando la cabeza. Sus pupilas metálicas chispeaban al fijarse en el alto personaje del Servicio Secreto británico—. Creo que siempre supo cuál iba a ser esa respuesta, *sir* Guy.

—De modo que... accede.

—¿Podía ser de otro modo? —rió el joven recluso, sarcástico.

—No —convino *sir* Guy—. No podía ser de otro modo, si usted seguía siendo el mismo Darrin Wolfe que trabajó con nosotros...

—Y parece ser que aún queda algo de él dentro de mí —comentó jovialmente el hombre que había sido una vez el mejor agente especial de los servicios de inteligencia de Su Majestad.

* * *

La noticia apareció en primera plana de los diarios más sensacionalistas de Gran Bretaña, mientras que en otros más tradicionales y serios como el *Times* o el *Guardian* aparecía en tercera página, ocupando una sola columna.

EVASION DE UN HOMICIDA DARRIN WOLFE; ANTIGUO AGENTE SECRETO INGLES; ESCAPA DEL PRESIDIO DONDE CUMPLIA CONDENA POR HOMICIDIO LA POLICIA RASTREA TODO LONDRES EN BUSCA DEL EVADIDO

Fotografías de Darrin, en tiempos en que servía a Su Majestad como agente secreto, o escenas a la salida de Old Bailey donde se

vio la causa contra él, por la muerte violenta de un noble inglés, *sir* William Harford, volvieron a asomar en las páginas de rotativa.

Ejemplares de esos periódicos se amontonaban en una mesa, bajo la luz cruda de una lámpara de brazo flexible, y unas manos elegantes y bien cuidadas, luciendo una curiosa sortija en la mano derecha, un ónix ovalado, de fulgurante brillo en su negra superficie, montada la piedra sobre plata tallada, en forma de reptil enroscado, manipulaban los ejemplares, fijando siempre su atención el personaje del anillo en los textos y fotografías alusivos a la evasión espectacular del antiguo agente.

—Una noticia interesante, ¿no? —comentó con voz fría e impersonal.

—No demasiado —comentó otra voz, frente a la mesa repleta de diarios. Y una mujer alta, esbelta, de erguidos senos llamativos, sedosa piel blanca, larga melena negra, lacada, y rasgados ojos verdes, apareció en la zona circular de luz, fumando con indolencia un cigarrillo sujeto a la extremidad de una boquilla de ámbar con adornos de oro engarzados en su superficie—. Está acabado.

—Lo sé. Fue un gran agente, de los mejores en el Servicio Secreto. De eso hace ya tres años largos. Primero fue un borracho lastimoso. Luego, un homicida, para terminar siendo un recluso. Una vida destrozada, en resumen. Y todo por culpa de una mujer. El, que tenía fama de ídolo de las mujeres, se machacó en vida por perder a una muchacha inocente, muy distinta a las sofisticadas espías que le amaron... ¿No resulta irónico, querida Zarah, que su destino fuese así?

—No me divierten las viejas historias. Ese Wolfe es una piltrafa. Acabarán cogiéndole en cualquier rincón, como una rata acosada, si es que antes no le cosen a tiros, poniendo fin a la historia. Me asombra que una persona como la Serpiente, se preocupe de semejantes asuntos.

—Deberías valorar la inteligencia de la Serpiente en lo que vale —rió aguda y fríamente el individuo de manos delicadas de la mesa—. Yo siempre me intereso en aquello que puede resultarme útil, querida. ¿Es que lo ignoras?

—¿En qué podría serte útil a ti un desecho como Darrin Wolfe?

—Eso es asunto mío —las manos se extendieron sobre los papeles, y el destello de la bruñida superficie negra del ónix oval,

hirió las pupilas, no menos negras, de la inquietante dama de cabello azabache, que caminaba con un suave contoneo, dentro de su ajustada malla negra, cubriendo enteramente su cuerpo, como una versión femenina y seductora de Fantomas—. Tú eres una mujer inteligente, Zarah. Pensé que te darías cuenta de mis intenciones.

—¿Y cuáles son esas intenciones? —Ella se sentó en el borde de la mesa, dejando que el negro tejido salpicado de piedrecillas centelleantes, marcase tenso sus muslos turgentes y mórbidos, mientras la malla superior, ceñida como un bañador, acentuaba bajo la luz blanca la exuberancia de unos espléndidos senos de mujer, carentes de todo obstáculo entre la carne y la malla negra y ajustada.

—Utilizar a Darrin Wolfe.

—¿Estás loco? No te servirá de nada...

—El sabe cosas del Servicio Secreto. Cosas que pueden ser muy importantes para nosotros, encanto. Nombres, datos, informes, claves, códigos... El cerebro de ese hombre debe guardar aún muchos secretos importantes para nuestra labor, estoy seguro.

—¿No tienes ya suficiente con las personas que te facilitan información concreta sobre los agentes ingleses? —sonrió Zarah, desdeñosa—. Por ahora todo marcha muy bien en tus asuntos, sin necesidad de más informadores, ¿no es cierto?

—Sí. Pero no me gusta depender de una sola persona para ciertas cosas. Se juega mejor con dos barajas, y con muchos triunfos escondidos en la manga. Vale la pena intentarlo.

—¿Cómo encontrarías a ese hombre, aun proponiéndotelo? Recuerda que tendrá recursos para ocultarse, que luchará desesperadamente por no caer de nuevo en manos de los que le mantuvieron durante años en una celda...

—Primero averiguaré si no hay gato encerrado en todo esto. Será cosa fácil, a través de nuestro informador. Y después, si todo es como parece, y en la evasión de Wolfe no hay truco alguno, daré con él se oculte donde se oculte. Necesitará confiar en alguien. Posiblemente en viejos amigos de los bajos fondos de Londres. Haciendo correr la especie de que hay alguien dispuesto a ayudarlo con dinero y proporcionarle la seguridad definitiva, abandonando Inglaterra, seguro que habrá contacto. Y eso es lo que pienso hacer,

apenas contacte con nuestro confidente en el Servicio de Inteligencia y compruebe que allí nada tienen que ver con la fuga de Wolfe.

—No te fías de nada, ¿eh? —rió Zarah.

—De nada ni de nadie —convino la Serpiente, dando vaho a su ónix, para luego frotarlo con un pañuelo de seda, dándole más brillo aún—. Por eso estoy vivo y lleno de dinero, querida. Llama a nuestro informador. Y que se ponga en contacto conmigo cuanto antes.

—Muy bien. Pero creo que pierdes el tiempo por partida doble. La fuga de Wolfe no puede ser obra de los Servicios Secretos. No les sirve ya para nada. Y por otro lado, Wolfe no te servirá tampoco a ti lo más mínimo. Es una piltrafa humana.

—Veremos, querida, veremos... —suspiró el extraño personaje sentado a la mesa, inclinándose de nuevo sobre los periódicos. Su blanca mano manicurada hizo un vivo gesto autoritario—. Ocúpate de lo que te dije, no pierdas tiempo.

—Sí, Serpiente, a tus órdenes —dijo la hermosa morena de mala gana, frunciendo sus carnosos labios y encaminándose con una ondulación sinuosa de caderas hacia la salida del oscuro despacho donde se acomodaba su jefe, el misterioso individuo de la piedra negra en el anillo de la serpiente enroscada.

Hablando consigo mismo, el Serpiente murmuró, mientras encendía un cigarrillo de boquilla plateada, y fumaba lentamente:

—Y ahora, a preparar el próximo ataque... Otro agente especial debe morir, como los demás. Es necesario. Tenemos que completar la Operación Exterminio...

Y una risa sarcástica, cruel y malévola, escapó de los labios que permanecían en la zona de sombra, más allá de la luz proyectada sobre los diarios londinenses.

CAPÍTULO IV

Hazel Clifford, de los Servicios de Inteligencia británicos, estaba llegando de regreso a Inglaterra.

El avión procedente de Bruselas tomó tierra en Heathrow sin complicaciones, a pesar de que el día era brumoso y frío, y la lluvia charolaba las pistas de aterrizaje del aeropuerto.

Claro que nadie podía imaginar que Hazel Clifford fuese miembro del Servicio Secreto de su país, puesto que para todo el mundo, solamente era una bella y seductora «estrella» de la televisión británica, protagonista de varias series de telefilmes de gran éxito en toda Europa, y que acababa de rodar diversas escenas de otra nueva serie cuyos episodios se desarrollaban en distintos países del continente, para una cadena independiente de producción televisiva británica.

Su rubia belleza, sus grandes ojos azules y su enorme encanto físico, unido a su sedosa voz, su aire entre ingenuo y malicioso, y unas cualidades de actriz muy meritorias, habían hecho de ella una figura conocida y admirada por los públicos de la televisión. Nadie, más allá de esa actividad, hubiese podido sospechar que, tras la identidad de la joven y sugestiva actriz de la pequeña pantalla, se ocultase ninguna otra personalidad más compleja y secreta.

Y menos aún que un cerebro vivo, inteligente y despierto, estuviese en actividad constante tras aquel hermoso rostro juvenil y bajo aquellos dorados cabellos de muñequita rubia y encantadora.

Hazel Clifford sabía de lo sucedido en Londres últimamente, de aquellas muertes violentas y terribles, todas las cuales habían sido de colegas y camaradas suyos en las actividades de los Servicios de Inteligencia. Pero confiaba en que ella no estuviese en la lista de presuntas víctimas del despiadado asesino, ya que su personalidad

de actriz era la mejor máscara para salir adelante en sus peligrosas misiones como agente al servicio de su país.

Sin embargo, había recibido un mensaje firmado por *sir* Guy que, traducido de su código especial de texto cifrado, le había causado cierta inquietud y preocupación, antes de tomar aquel vuelo Bruselas-Londres. Ese mensaje decía escuetamente:

«Mucho cuidado con todo posible riesgo. Existen fundadas posibilidades de una traición dentro de nuestro organismo. En cuyo caso, nadie, ni siquiera usted, puede estar seguro».

Ello significaba que existía una persona vendida al enemigo, dentro mismo de la poderosa organización de Inteligencia de Gran Bretaña. Y si ello era así, si uno de los propios miembros del Servicio Secreto informaba a los agentes enemigos, nadie estaba a salvo de peligros. Si esa persona la conocía a ella o tenía acceso a los archivos secretos del Intelligence Service, su vida valía tanto como la de cualquier otro, apenas pisara territorio británico.

Sin embargo, la preocupación no asomaba en absoluto al rostro de Hazel Clifford cuando bajó del avión, y se encaró a los *flashes* de las cámaras fotográficas y a los focos portátiles de los *cameramen* de la televisión y noticiarios, persiguiéndola insistentemente por la escalerilla y por la pista de aterrizaje, camino del edificio del aeropuerto.

Una sonrisa jovial, alegre, estereotipada, animaba su rostro para las habituales poses profesionales de cualquier actriz, hablaba volublemente de mil trivialidades ante los micrófonos de los reporteros, y se abría paso como le era posible, camino de las dependencias de Heathrow, maletín en mano. Alguien le ofreció un espléndido ramo de rosas rojas, envuelto en crujiente celofana. Avanzó con él, rodeada de periodistas y de expectación, bajo la fina llovizna que caía sobre las islas ese anochecer.

Las preguntas de los periodistas eran las de siempre, de una trivialidad aplastante, de una monotonía inevitable, pulsando los mismos temas e idénticos tópicos:

—¿Cuándo veremos en la televisión inglesa la nueva serie

filmada en el continente?

—¿Está contenta de su nueva interpretación?

—¿Cuál es el papel que más a gusto ha interpretado?

—¿Qué proyectos existen para el futuro inmediato?

—¿Es cierto que existió romance con el galán de la serie «Chica inglesa por Europa»?

—¿Es verdad que piensa casarse en breve y dejar la televisión?

Respondía a todo, con su sonrisa y con las respuestas de siempre, que no comprometían a nada, intentando zafarse de la nube de incómodos periodistas para buscar la intimidad, la soledad, y poder reflexionar sobre los problemas que realmente le traían a Inglaterra antes de lo previsto. Y, muy especialmente, para reunirse pronto con *sir* Guy y con los altos funcionarios de Inteligencia, para exponerles cuanto había descubierto en Bruselas, y cuanto sospechaba acerca de un grave asunto que podía ser vital para los intereses de la Defensa británica.

Finalmente, consiguió su propósito, tras salvar la aduana y alcanzar un automóvil de la cadena de televisión para la que trabajaba, con dos funcionarios de la misma y un chófer uniformado de azul impecablemente.

La salvaron de la nube molesta, la introdujeron en el interior del automóvil, y partieron velozmente hacia el centro urbano londinense.

—¡Uf...! —murmuró ella—. Creí que nunca salíamos de ahí...

Uno de los empleados de la compañía de televisión sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Nos lo temíamos. Por eso acudimos rápidamente al aeropuerto, a recogerla, señorita Clifford. Como habíamos esperado que regresara del continente dentro de cuatro o cinco días...

—Apresuré el regreso por razones particulares —sonrió ella, evasiva—. Después de todo, llevaba demasiado tiempo lejos de mi querida Inglaterra, caballeros. Ansiaba volver a mi país, y dejar el continente lo antes posible.

—Tal vez también demasiado tiempo lejos de alguien, ¿no? —indagó irónicamente uno de su compañeros.

—Tal vez —se encogió de hombros Hazel, dando a entender que eludía el tema con ambigüedad, sin comprometerse a una respuesta concreta. Era preferible que todos pensarán en un romance que en

otras posibles razones de más grave carácter. Nadie, ni siquiera sus superiores y compañeros de la televisión, conocían su doble actividad, a fin de cuentas.

El coche rodó a buena velocidad hacia Londres. Uno de los empleados de su emisora y productora de televisión se interesó:

—¿La llevamos a los estudios o a su domicilio, señorita Clifford?

—A casa, por favor —suspiró la rubia actriz—. Estoy demasiado harta de rodaje, focos y trabajo, para meterme ahora otra vez allí. Mañana o pasado iré por los estudios, pero no antes.

—Bien, como usted quiera —aprobó su acompañante.

Llegaron a su vivienda, en un distrito residencial de Paddington, y allí se despidieron de Hazel, partiendo el confortable «Rolls» con sus ocupantes, y dejándola en la puerta de su domicilio, una pequeña casita rodeada de jardín, idéntica a otras muchas semejantes que se alineaban a ambos lados de la arbolada alameda, frente a un cercano parque.

Hazel abrió la puerta de su casa, entrando en ella con un suspiro de alivio. Cerró tras de sí y, rápidamente, se encaminó al teléfono. Tenía un número especial, que no figuraba en ninguna guía telefónica de Londres, y que correspondía a cierto departamento especial de los Servicios de Inteligencia, donde siempre había alguien para recibir mensajes, ya fuese *sir* Guy, o alguno de sus más directos colaboradores.

Marcó ese número. Esperó.

Apenas pasaron tres llamadas al otro extremo del hilo, cuando una voz respondió, fría y calmada:

—Agencia de Viajes Arrow —era la contraseña para toda llamada—. Habla Hazel Clifford —dijo ella—. Código 1003 —Perfectamente. Le pongo con la oficina central.

Una conexión rápida. Luego, otra voz distante, varonil:

—Hable, Señorita Clifford. Bienvenida a Inglaterra.

—Gracias. Deseaba hablar con *sir* Guy.

—El no está ahora. Tiene muchas ocupaciones estos días, a causa de los problemas surgidos últimamente y que creo conocerá.

—Perfectamente, sí. Deseo informar.

—Adelante. No hay riesgo alguno. Su teléfono no está intervenido, señorita Clifford. Lo hemos comprobado apenas anunció su regreso. Todo está en orden.

—Bien. Se refiere a algo que descubrí en Bruselas, relacionado con el asunto de la OTAN que investigaba Slim Walker.

—Lo imaginábamos. ¿Es importante lo que ha descubierto?

—Mucho. Desearía que conocieran cuanto antes los hechos y tuvieran en su poder las evidencias precisas, que ahora tengo yo. Pueden ser fundamentales para dar con la clave de esos asesinatos brutales, y también con lo que sucede en Europa.

—Bien. ¿Prefiere usar el teléfono o venir personalmente... o enviamos ahí a alguien de confianza absoluta?

—Preferiría eso último. Estoy muy cansada y no deseo salir de casa. Naturalmente, su identificación deberá ser absolutamente fuera de toda duda.

—Por supuesto —rió la voz de su comunicante—. No tema. Le daré de antemano datos precisos sobre la persona que le enviamos. Incluso es posible que la visite el propio *sir* Guy, si le localizo a tiempo. Dentro de una hora podría estar él ahí.

—Lo prefiero, sí. Aunque tarde dos horas —miró su reloj—. Mientras, me asearé, me cambiaré de ropas y prepararé cena. Diga a *sir* Guy que será algo frugal, pero puede cenar conmigo. En mi ausencia, dejé encargado que dejaran alimentos frescos en el frigorífico. La señora Atkins no suele fallarme en eso.

—Así lo haré, señorita Clifford. Seguro que *sir* Guy se sentirá muy satisfecho de cenar con una mujer tan hermosa y popular —la sonrisa era obvia en su comunicante del Servicio Secreto—. La telefonaré confirmándole quién va y en qué momento. Dentro de cosa de diez minutos, ¿le parece bien?

—Me parece perfecto, gracias. Es usted muy amable, señor...

—Código 1045 —fue la respuesta irónica de su colega—. Hasta pronto.

Colgó. Ella se desperezó, con un suspiro de alivio. Prefería esto. Era mejor comunicar cuanto antes lo que sabía a una persona de absoluta confianza. La sección de *sir* Guy alojaba solamente a personas de la máxima confianza. Allí dentro no era fácil la filtración ni la existencia de un traidor.

Empezó a desvestirse con ademanes perezosos, frente al espejo. Cayó al sofá su sobretodo amarillo, reversible, con caperuza. También su *pullover* de igual color, que se ceñía tan llamativamente a sus jóvenes y firmes pechos, y su falda escocesa, que liberó los

bien formados muslos, las largas y bellas pantorrillas. En dos piezas, se encaminó al cuarto de baño para recibir el relajante y tibio alivio de la ducha templada. Luego se vestiría adecuadamente, y prepararía la íntima cena, según lo que su asistenta, la señora Atkins, hubiese dejado en el frigorífico. Todo ello regado con una botella de buen vino de las que ella conservaba para ocasiones así. Sabía que el vino de buena calidad era una de las grandes debilidades de *sir* Guy.

Entró en la ducha, graduando la temperatura del agua. Dejó la puerta abierta, para escuchar el teléfono cuando el Código 1045 llamase para informarle de quién sería su visitante del Servicio de Inteligencia.

Se despojó de las dos últimas e íntimas piezas que cubrían su desnudez espléndida, de mujer joven y saludable, de formas llamativas y bien moldeadas. El cuerpo de sedosa piel penetró bajo el azote de la ducha tibia.

El agua golpeó su epidermis, corrió por sus hombros, chorreó de sus dorados cabellos y rebotó en la dureza marmórea de sus generosos senos, o corrió en regueros hacia sus muslos y vientre, cuando no golpeaba con fuerza en sus espaldas, derramándose a lo largo y ancho de sus firmes nalgas.

Hazel era una muchacha de rara belleza física. Muchas productoras le habían ofrecido papeles en películas de tono subido, donde aparecer desnuda, como el mejor señuelo para el público. Ella había rechazado siempre esas ofertas. No era una mojigata, pero tampoco le gustaba el exhibicionismo absurdo que era moda imperante en todas las cinematografías mundiales. Además, ella no se consideraba una actriz. Al menos, no una actriz de cine o de televisión. Esto era solamente el camuflaje de otras interpretaciones más difíciles y arriesgadas, en el teatro del mundo y frente a las inexistentes cámaras de la política, el espionaje, la labor patriótica y la seguridad de los principios en los que ella creía.

Sonó el teléfono bruscamente. Hazel cerró el paso del agua, saltó de la ducha, desnuda y chorreante de agua, toalla en mano, y corrió al teléfono, como una ninfa rubia corriendo por un bosque desierto.

De repente, se quedó helada, rígida, mirando incrédulamente, con súbito horror, a la figura escalofriante situada más allá del teléfono.

¡No estaba sola en la casa!

Había un intruso. Un horrible, espantoso e incrédulo intruso...

Se tapó mecánicamente con la toalla, ocultando sus senos vibrantes y sus muslos nacarados a la vista del monstruo.

Porque era, realmente, un monstruo.

—Dios mío... —jadeó, lamentando no tener consigo en aquellos momentos el arma que poseía, y que ahora se hallaba en su bolso, demasiado lejos de su alcance, aunque podía ver desde allí el bolso colgado de una silla, a menos de diez yardas de ella. Pero como si fuesen diez millas, dada la presencia del aterrador visitante erguido en el fondo de la sala, contemplando con su rostro sin ojos el teléfono sonoro, que repetía insistente su llamada.

La figura se movió hacia ella. Hazel dio un paso atrás, sujetando la toalla contra su desnudez, los ojos fijos, dilatados por el terror, en aquella forma humana que no tenía, sin embargo, aspecto de tal.

El abrigo abotonado, era largo y negro. El hombre se movía con cierta rigidez, como si ni siquiera fuese humano. Un sombrero se ajustaba a su cabeza, y unos guantes de negro cuero envolvían sus manos.

Pero era el rostro, su terrible rostro, su cabeza toda, como un óvalo azul brillante y frío, la que fascinaba con el hipnotismo trágico del horror, a la joven y audaz agente secreto.

Era un cráneo de acero. Un rostro de metal. Aquel ser parecía un robot, no un ser humano. Y tal vez lo era.

El rostro era un óvalo rígido, acerado, de un gris azul hermético, con una rendija horizontal como ojos, y una especie de redondo orificio como boca. Pero Hazel no pudo ver nada humano tras esos orificios. Ni una lengua, ni unas pupilas de hombre fijas en ella. Y, pese a todo, sentía sobre su persona una mirada, una extraña, penetrante ojeada de ser viviente, cruel y despiadado.

La idea pasó fugaz por su mente. No había duda. Estaba frente a un robot. Aquellas manos eran rígidas, como sus piernas. Cuando hizo un movimiento con los dedos enguantados, notó, con un escalofrío, que algo parecía chirriar bajo el cuero. ¡Dedos de metal! Articulaciones de acero... Y la cabeza de acero emergiendo de las ropas, como un grotesco monigote de metal...

Quizá no lejos de allí, la persona o personas encargadas de su manejo, podían manipularle a distancia, verla a ella por control

remoto, a través de una pequeña cámara de televisión instalada en el cráneo de aquel espantoso ser de metal...

El teléfono seguía sonando, incansable. Pareció irritar al monstruo. Descargó un manotazo, y derribó al aparato de encima de la mesa, violentamente. Ocurrió algo horrible. El cuerpo desnudo y húmedo de Hazel se convulsionó. El teléfono había caído a la moqueta destrozado, hecho añicos. Eso confirmaba sus temores.

Las manos del monstruo también eran de acero.

Ahora, se movió hacia ella, sus invisibles ojos fijos en su persona. Hazel recordó las brutales muertes de Walker, Clayborne y Mills, y comprendió la suerte atroz que la esperaba. Ella iba a ser la cuarta víctima. Ella iba a morir triturada por el alucinante asesino, destrozada por sus manos de metal.

No podía hacer nada por evitarlo. Intentó retroceder, huir con rapidez del acoso del ser diabólico. No le fue posible. Con sorprendente rapidez para lo pesado de sus movimientos, el monstruo se cruzó ante ella, cerrándole el paso hacia la puerta delantera de la casa, y siguió acercándose a grandes zancadas.

Un nuevo intento por huir hacia la salida posterior o alcanzar su bolso, resultó también estéril. La figura pavorosa se irguió ante ella, cruzándose en su camino con pasmosa celeridad. Los brazos se alzaron, inexorables. Ni un sonido escapaba por la boca de aquel ser metálico.

Hazel aferró un atizador de la chimenea con gesto rápido. Lo alzó, golpeando con furia sobre el pecho y cabeza del intruso. Notó el sordo rebote de la barra de hierro sobre una superficie dura, bajo el abrigo, y una leve abolladura asomó en la máscara de acero que se enfrentaba a ella.

Esta vez, un sonido sibilante, metálico, como una queja humana, escapó por el orificio redondo de la boca del monstruo. Y con rapidez, sus brazos se alzaron, golpeando a Hazel Clifford.

Ésta lanzó un largo grito de dolor y angustia, cuando las dos manos la alcanzaron brutalmente, martilleándola implacables. Saltó atrás, notando que la sangre corría por su rostro, y de sus dedos escapó el atizador. Todo dio vueltas en torno de ella.

Intentó mantenerse en pie, pero los impactos de aquellas manos bestiales habían sido demasiado fuertes. Cayó de espaldas, rodó por la moqueta, perdiendo su toalla, desnuda e inerme ante su agresor.

Vio cómo se alzaban de nuevo las manos terribles del asesino, y éste se inclinaba hacia ella, aproximando a su cara el pavoroso rostro de metal.

Supo que iba a morir triturada, como los demás, sin poder revelar a nadie cuanto sabía. Y en ese momento comprendió que sus descubrimientos en Europa tenían más importancia de lo que imaginó. Que alguien iba a silenciarla para siempre, impidiendo que el Servicio Secreto inglés conociera la verdad que se ocultaba tras un oscuro asunto que amenazaba la seguridad del país.

Por fortuna para ella, en ese momento perdió el sentido, y su cabeza ensangrentada golpeó la moqueta, al caer su cuerpo, justo cuando las manos mortíferas del hombre de metal se abatían sobre ella...

CAPÍTULO V

Sir Guy miró con expresión angustiada al superintendente McMurray, de New Scotland Yard. Éste aparecía meditabundo, sombrío, dando vueltas a la estancia donde aparecía el destrozado teléfono no lejos de las salpicaduras de sangre en la moqueta y algunos muebles.

—¿Y bien, superintendente? —preguntó, tras un largo silencio.

El policía se volvió al alto funcionario del Servicio de Inteligencia, con un leve encogimiento de hombros.

Sus hombres iban y venían, examinando el lugar del suceso minuciosamente. En el exterior, coches-patrulla con las luces girando en sus techos, rodeaban la propiedad de Hazel Clifford.

—Poco puedo decirle, *sir* Guy —manifestó sordamente, sacudiendo la cabeza—. Ya ve los hechos por sí mismo. Estoy en su mismo caso. Sólo podemos hacer deducciones.

—¿Qué clase de deducciones? Esta joven se hallaba solamente hace unas horas en el continente, trabajando para la televisión. Y ahora...

—*Sir* Guy, yo no podía ni imaginar que Hazel Clifford, mi actriz favorita de la televisión, pudiera ser una de sus agentes —manifestó secamente el policía—. Del mismo modo, me es imposible comprender cómo alguien llegó a conocer esa circunstancia y pudo actuar tan rápidamente contra ella, silenciándola.

—Yo sí creo entenderlo —manifestó sordamente *sir* Guy—. Un traidor, superintendente.

—¿En sus propias filas? —indagó McMurray, volviéndose a él.

—¿Dónde, si no? Tienen todos los informes precisos para actuar, siempre golpean sobre seguro, no cometen errores. Ni siquiera ignoraban que Hazel Clifford trabajaba para nosotros. Sólo un

miembro de mi propia organización podría saber todo eso.

—Entonces, nadie hay seguro en estos momentos...

—No, nadie —convino *sir* Guy, con expresión abatida. Miró de nuevo las manchas de sangre, el teléfono casi pulverizado.

Por desgracia, habían llegado tarde, tras comprobar que algo anormal sucedía en el teléfono de Hazel Clifford. Pese a su rapidez en avisar a Scotland Yard y acudir él mismo con algunos de sus elementos de choque más caracterizados para situaciones de emergencia violenta, nada les era posible hacer ahora.

Todo estaba consumado.

—¿No cree que debería sincerarse conmigo y exponerme claramente cuál es el asunto que tienen entre manos, lo bastante importante como para provocar estos hechos, *sir* Guy? —demandó el superintendente, ceñudo.

—Imposible —rechazó el alto funcionario—. Son secretos de Estado, superintendente. Todo ello lleva el sello de *top secret*. Puede colaborar conmigo en la investigación de estos hechos, pero bajo ningún pretexto conocer la naturaleza del asunto. Si me fuese posible decírselo, lo haría. Pero cumplo órdenes. Y órdenes muy altas, señor.

—Entiendo —asintió McMurray, pensativo—. No insistiré en ello. Sé lo que significan cuestiones de lesa patria, lesa patria, *sir* Guy. Pero dispongo de tan pocos elementos de juicio para iniciar la investigación de todo esto a nivel policial... Es algo tan importante que se me va de las manos.

—Yo también le comprendo. No le pido milagros, superintendente. Sólo que coopere en la medida de lo posible. Sé que hemos de ser nosotros quienes resolvamos este maldito asunto del asesino triturador... ¿Cree que fue él quien machacó ese teléfono?

—No me cabe duda. Solamente parece que sufrió un golpe, un impacto. Lo bastante fuerte para hacerlo añicos. Eso habla de una persona demasiado poderosa, con una fuerza física insólita.

—¿Persona... o qué? —dudó *sir* Guy—. ¿Recuerda los antecedentes? Un rostro de metal, manos engarfiadas... ¿Estamos ante un ser humano, realmente?

—¿Quiere decir que podría ser... otra cosa? —dudó McMurray a su vez.

Antes de que pudiese responder algo *sir* Guy Haverley, la puerta de la residencia se abrió, dejando entrar los agentes de servicio a un hombre alto, vigoroso y de frondosas patillas blancas, que caminó con larga zancada hacia *sir* Guy y el superintendente McMurray. Su rostro aparecía demudado y tenso.

—¿Es cierto lo que he oído, caballeros? —preguntó sordamente, sin saludar previamente siquiera, tal era su nerviosismo.

—Me temo que sí, lord Henry —respondió *sir* Guy, volviéndose hacia el recién llegado, lord Henry Greaves, el alto funcionario del Ministerio de la Guerra, adscrito a cuestiones de seguridad—. Otra vez llegamos tarde. Y otra vez, ellos sabían demasiado.

—Cielos... Esta vez, nada menos que Hazel Clifford... Ignoraba que fuese agente suya, *sir* Guy...

—Pues ahora ya lo sabe —comentó amargamente el funcionario de Inteligencia, moviendo la cabeza con pesimismo.

Lord Henry miró en torno, ceñudo.

Se estremeció al descubrir el aparato telefónico destrozado.

Y también al contemplar las manchas de sangre.

Después, pareció buscar algo con la mirada.

—¿Dónde... dónde está el cadáver de esa infortunada? —se interesó.

—¿Cadáver? —*Sir* Guy enarcó las cejas, mirándole con perplejidad—. Oh, entiendo. Usted piensa que... No, no, lord Henry. Eso es lo extraño. No sabemos si está realmente muerta o no. Lo único cierto es que mi joven agente femenina no aparece, ni viva ni muerta. Hay huellas de sangre, el teléfono roto, pisadas en el parterre posterior de la casa, una puerta forzada, la ducha abierta, una toalla de baño mojada... pero ni una señal de Hazel Clifford. Si la mató realmente ese monstruo, se llevó consigo su cadáver en esta ocasión. Si no... es que se la llevó con vida. Pero aun en ese problemático caso, dudo mucho que volvamos a verla con vida nunca más, lord Henry...

* * *

Lord Henry y *sir* Guy contemplaban la caída de la lluvia, más allá de las vidrieras de las ventanillas del coche. Rodaban a buena marcha por Regent Street, hacia el sur de Londres.

Conducía el lujoso «Rolls Royce» plateado el hijo de Lord Henry, *sir* Dennis Greaves, joven director y presidente del Consejo de Administración de la multinacional Anglo-American Electronic Corporation, mundialmente conocida por las siglas AAEC. Se encaminaban a las oficinas del Servicio de Inteligencia británico, procedentes de la residencia de Hazel Clifford.

—Muerta... ¿Cree realmente que estará muerta, *sir* Guy?

Lord Henry hacía la pregunta, con expresión preocupada. Su amigo se encogió de hombros, con gesto ensombrecido.

—¿Quién puede saber nada concreto en ese sentido? Tengo una leve esperanza, eso es todo. Llevarse un cadáver, y más como los deja ese monstruo asesino después del ataque realizado, parece algo totalmente sin sentido.

—Pero había sangre en el suelo, en algunos muebles...

—Es cierto. Según el superintendente McMurray pueden ser simples salpicaduras de una herida superficial que haya sangrado bastante. No significa necesariamente que la muchacha esté muerta.

—Y si no lo está... ¿por qué supone que la raptaron?

—Es obvio: buscarían su información, la que ella podía proporcionarles sobre los asuntos de nuestra organización, tal vez sobre algo concreto que sólo ella conocía: el asunto que había estado investigando en Europa.

Ambos hombres permanecieron en silencio. Aprovechó ese momento el hijo de lord Henry para comentar algo, mirándoles por el retrovisor, al ir deteniendo el «Rolls» ante el cambio de color de las luces de un semáforo.

—Estoy asombrado —declaró—. Y perdonen que me meta en un asunto ajeno por completo a mí, *sir* Guy.

—No del todo, Dennis —sonrió el funcionario de Inteligencia débilmente—. Después de todo, tienes una estrecha relación con el gobierno de Su Majestad. Y no sólo con este Gobierno, sino con otros muchos, dados los contratos que vuestra sociedad mantiene vigentes en los suministros de material electrónico altamente sofisticado, para instalaciones militares, sistemas de defensa y controles remotos de dispositivos nucleares. Como se dice en estos casos, estás «dentro del ajo», Dennis. Aunque sólo sea en cierto modo, claro.

—Sea como sea, nunca me han interesado los asuntos de

espionaje ni siquiera en el cine o la televisión —manifestó el hijo de lord Henry volublemente—. De todos modos, imagino que nuestros intereses en esta cuestión van más allá del puramente patriótico.

—Así es. Asuntos de tipo estratégico, militar y defensivo están en juego en estos momentos, y nuestros agentes investigan cuestiones relacionadas con extraños sucesos en Europa, que conviene aclarar cuanto antes —*sir* Guy lanzó un suspiro—. Es todo lo que puedo decir, porque es cuestión de alto secreto oficial. Pero ustedes, Dennis, y su empresa multinacional, tienen intereses en juego, desde luego.

—Por fortuna, nuestros contratos no sufren alteraciones por posibles incidentes internacionales —comentó Dennis Greaves—. Pero como ciudadano inglés y occidental, siempre me resulta preocupante cualquier circunstancia adversa o inquietante.

—Sí, eso es cierto. Estamos todos involucrados en sucesos así, nos guste o no —convino su padre, retrepándose en el asiento con aire abstraído—. Puedes dejarnos en las oficinas de *sir* Guy, hijo. Yo me quedaré un rato con él, estudiando unos aspectos del asunto que interesan especialmente al Ministerio. Eso sí no tiene algo más urgente que hacer, *sir* Guy.

—No, de momento, no. Sólo nos resta esperar si la infortunada señorita Clifford vuelve con vida... si es que realmente está aún viva.

—¿Ha leído últimamente lo ocurrido con ese antiguo agente suyo, el gran Darrin Wolfe? —preguntó lord Henry, mientras su hijo Dennis aproximaba el «Rolls» plateado al sobrio edificio del Intelligence Service británico, buscando aparcamiento adecuado.

—Por supuesto —*sir* Guy hizo un gesto ambiguo—. Pero no creo que resulte particularmente preocupante, a menos que llegue a cometer una traición y se una a cualquier enemigo nuestro. Está definitivamente perdido como hombre aprovechable para nosotros. Es un reo de homicidio. Y un alcohólico mejor o peor curado. Darrin Wolfe se hundió a sí mismo. Ya no es nadie.

—¿Teme que pueda unirse a enemigos de Inglaterra? —dudó el joven Graves, empezando a situar el coche en un aparcamiento oficial.

—Todo es posible, si esa gente logra echarle el guante. Pero creo que antes de que exista ese posible riesgo, la policía dará con él. No

puede ir muy lejos. Antes era un hombre hábil y eficaz. Hoy en día, pese a su juventud, es un desecho humano, un fracasado absoluto.

—Pero tal vez conoce aún secretos importantes de la organización —temió lord Henry.

—Hemos cambiado cosas en estos años. Pero de todos modos, podría traicionarnos en muchas cosas que nos crearían dificultades serias. Por fortuna, Darrin Wolfe puede ser en la vida un homicida, un borracho, una ruina humana, pero jamás un traidor a su patria, estoy seguro.

—Menos mal —resopló lord Henry, abriendo la portezuela del suntuoso coche de su hijo—. Sólo faltaba ahora esa preocupación para el Gobierno...

Descendieron los dos hombres. El joven Greaves giró la cabeza, tendiendo su mano a *sir* Guy Haverley.

—Adiós, *sir* Guy —se despidió con su sonrisa habitual, abierta y cordial—. Espero que todo vaya mejor en un futuro inmediato, por bien de todos.

—Dios le oiga, muchacho —sonrió tristemente *sir* Guy, estrechando la mano del joven hombre de negocios—. Y que sigan firmándose sustanciosos contratos con los países occidentales...

El «Rolls» se alejó rápidamente sobre el asfalto mojado de Londres. *Sir* Guy y lord Henry entraron en las oficinas del Servicio de Inteligencia. Martin Ward les recibió en las oficinas, con expresión preocupada.

—¿Alguna novedad sobre Hazel Clifford? —interrogó *sir* Guy.

—Ninguna, señor —rechazó el agente especial—. Todo sigue igual. No han llegado nuevas informaciones, desde que usted abandonó su residencia. Quien llamó fue un inspector de Scotland Yard, Brian Davis, para hablar con usted. Creían tener una pista para dar con el evadido Darrin Wolfe, pero resultó fallida. El sigue libre. Pensaron que podía interesarnos saberlo, ya que fue agente nuestro...

—Sólo relativamente —rechazó *sir* Guy encogiéndose de hombros—. Después de todo, él ya no es nada nuestro ni afecta para nada a nuestra organización. Sólo espero que le cojan vivo y no le ocurra lo peor, pobre y viejo amigo Wolfe...

Y sin añadir más, se encerró con lord Henry en un despacho. Ni una sola palabra se hablaba ante nadie de los escasos iniciados en el

plan secreto convenido con Darrin Wolfe. Ni siquiera Martin Ward, importante miembro de los Servicios Secretos, y el hombre que precisamente debía recoger de manos de Slim Walker el maletín con los informes secretos en la estación de Folkestone la noche en que este último fue salvajemente asesinado por el criminal triturador, debía de ser informado de ello. Nadie, excepto él, el superintendente McMurray, unos elegidos miembros del Ministerio de Justicia y el Ministerio del Interior, conocían los hechos.

Y así debía de continuar todo, si querían que la misión y la vida de Darrin Wolfe valiera realmente algo.

CAPÍTULO VI

Darrin Wolfe apagó el cigarrillo en el cenicero de vidrio con el anuncio de un conocido scotch impreso en él. Se aproximó a la pequeña ventana, abrió el postigo, y miró al exterior, precavido.

Todo iba bien por el momento. La policía no daba con él. A fin de cuentas, tenía que vivir como si todo lo que sucedía, fuese cierto, como si realmente se hubiese evadido por sus propios medios de la penitenciaría, y no ayudado desde dentro y desde fuera por las propias autoridades. Muchos policías de los que batían Londres y sus alrededores, en busca suya, ignoraban la realidad. Para ellos, Darrin Wolfe era un forajido, un fugitivo de la justicia a quien había que capturar o abatir. En realidad, sólo un hombre en todo Scotland Yard sabía la verdad: el superintendente McMurray.

Entre los antiguos compañeros suyos, muy pocos eran también los que estaban en conocimiento del plan secreto. De otro modo, el riesgo a correr hubiera sido el mismo que corrían todos los demás miembros del Servicio Secreto inglés, sometido sin duda alguna a los informes de algún traidor entre ellos.

Esperaba haber elegido bien. Aquel antiguo refugio que utilizaba era poco conocido por quienes le perseguían. En ocasiones lo había utilizado con un viejo camarada que se pasó al enemigo, el desaparecido Malcolm Berry, muerto en la voladura de unos explosivos que él mismo había destinado a un acto de sabotaje contra Gran Bretaña. Los demás, nada sabían. Y confiaba en que todo siguiera igual, al menos hasta haber podido entablar contacto con los enemigos de su país, los agentes que actuaban en la sombra, apoyados por aquel temible triturador de cráneo de acero del que le había hablado *sir* Guy Haverley.

Darrin paseó meditativo por la reducida estancia que, en aquel

distrito de los suburbios londinenses le servía de refugio momentáneo, tras su fácil evasión, perfectamente calculada por sus antiguos superiores de Inteligencia.

Era irritante permanecer encerrado en un lugar como aquél, pero peor, mucho peor era pasar día tras día, mes tras mes, año tras año, en aquella celda odiosa, sin esperanza alguna de volver al mundo, de rehacer su vida, si eso era posible.

Ahora cuando menos, existía esa remota esperanza. El asunto era difícil y peligroso, pero siempre lo habían sido todos los asuntos de que se ocupó Darrin Wolfe cuando era agente secreto. Esto era como volver a los viejos tiempos. Pero con una diferencia: estaba solo. Actuaba en solitario. Y sólo debía resolver sus dificultades.

Si no salía bien librado, encontraría seguramente un final trágico: No le asustaba. La muerte siempre había formado parte de su tarea. Aun después de aquellos años de alejamiento de esa actividad, era como reanudarla tras unas largas vacaciones. Sólo eso.

Se paró en seco, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Estaba seguro de haber oído algo, un ruido en alguna parte. Pero podían ser los ratones. O algún transeúnte que hubiera pasado junto a la casa. No pasaban muchos, y menos durante la noche pero siempre existía esa posibilidad.

Aquel pequeño almacén anexo a una vieja fábrica, había sido siempre un buen refugio. Ciertamente necesitó ponerse en manos de unos rufianes de los bajos fondos londinenses, pero eso era inevitable. Tenía viejos amigos en el hampa. Amigos que no olvidaban antiguos favores. Ahora lo había comprobado. Después, había pedido a algunos de ellos que sabían de su presencia allí, que hiciesen correr la voz, disimuladamente, de que Wolfe necesitaba ayuda para salir del país. Si alguien mordía el anzuelo, tal vez estaría en el buen camino.

Pero de momento, eran varios los días transcurridos, y nada sabía de todo ello. Uno de sus amigos le había visitado para dejarle alimentos y un periódico. En éste leyó la noticia de la misteriosa desaparición de la famosa «estrella» de la televisión Hazel Clifford. Y temió lo peor. Cuando él ingresó en prisión, Hazel era ya la más joven y decidida colaboradora de la organización de *sir* Guy. Era fácil imaginar lo sucedido ahora.

El ruido se repitió. Darrin se puso en guardia. Sus amigos no le visitaban de noche. Lo hacían habitualmente al caer la tarde o con las primeras luces del alba. Si alguien se aproximaba de noche al viejo edificio cerrado, podía suponerse que no era un amigo ni un aliado.

Empuñó el arma que le habían proporcionado. Era una pistola automática provista de silenciador. No debía usarla salvo en casos extremos. Ni debía bajo pretexto alguno correr el riesgo de herir gravemente o matar a un agente de la autoridad. Eso lo hundiría todo. A fin de cuentas, él ya no era un miembro en activo del Servicio Secreto, sino solamente un evadido de prisión, condenado por homicidio. Y como tal sería tratado en todo momento por aquellos que nada sabían del plan llevado a cabo por los servicios de Inteligencia ingleses.

Ahora estaba seguro. Crujió un escalón en el exterior del reducido sótano donde Darrin se hallaba oculto, con sólo una puerta asomada al almacén y su escalera descendente, y una ventana a un angosto patio cubierto por una claraboya de sucios vidrios agrietados.

Apagó la bombilla que ardía débilmente colgada de un sucio cordón en el techo. Se pegó al muro, junto a la puerta, esperando tenso, el dedo en el gatillo. Contuvo la respiración. Una débil claridad se filtraba por la rendija del postigo que no había encajado totalmente, procedente del patio. Era escasa, pero bastaba a sus agudos ojos.

Esa leve luz le permitió advertir cómo giraba el pomo de la puerta inútilmente. Estaba cerrada con llave. Respiró sin hacer el menor ruido, dispuesto a todo. Un momento después, introducían algo en la cerradura. Vio girar la manecilla. Sonó un chasquido. Y luego otro.

Habían abierto la cerradura asegurada con doble vuelta.

Quienquiera que fuese el intruso, venía bien provisto. Una llave maestra le había franqueado el último obstáculo hasta Darrin Wolfe. Ahora, entraría en la estancia.

Y tal vez tendría que matar para sobrevivir, pensó Wolfe sombrío, su índice curvado, rígido sobre el gatillo de la automática presta a disparar.

La hoja de madera no chirrió. Estaba bien engrasada. Pero se

abrió. Lenta, muy lentamente...

Cuando hubo la suficiente abertura, un bulto sólido se dibujó en la intensa penumbra. Una sombra viviente cruzó el umbral, casi rozándole. Y se introdujo en la estancia, sin hacer apenas ruido. Se detuvo, escudriñando la habitación, frente al rincón donde aparecía el bulto del camastro que habitualmente ocupaba Darrin para descansar en aquella madriguera.

Tal vez pensaba que le sorprendía en sueños, dedujo Wolfe, situándose a espaldas del intruso. Y, rápido, se dispuso a sorprenderle a su vez.

Cerró de golpe la puerta, dio la luz de la bombilla, y apuntó al visitante nocturno, avisando con voz ronca:

—¡Ni un movimiento o disparo! Y lo haré a matar, amigo, quienquiera que sea...

La claridad amarilla de la bombilla invadió la habitación, casi cegadoramente a pesar de sus escasos watios, a causa de la oscuridad anterior. La persona que había entrado tan cautelosamente en el recinto, se inmovilizó. Alzó sus brazos al techo. No parecía llevar armas encima.

—Muy bien —silabeó Wolfe—. Así está bien. Ahora, vuélvase despacio. Muy despacio.

El intruso, vestido con un impermeable oscuro y una caperuza de igual color y material, giró la cabeza, sin bajar las manos. Sonreía, al encararse con el arma de Wolfe, pese a que sus ojos brillaban, excitados.

Éste se quedó sin aliento, mirando al visitante.

Era un mujer.

—Tú... —Silabeó—. Marion... ¿Qué haces aquí?

* * *

Marion Berry, viuda de Malcolm Berry, el agente traidor, seguía sonriendo. Era la suya una sonrisa pálida como su rostro, algo triste, algo amarga.

—¿Aún me reconoces, Darrin? —Fue su respuesta.

—Yo no olvido nunca un rostro, Marion —respondió él lentamente—. Y menos el tuyo... Hubo un corto silencio. Ella seguía con los brazos levantados. El, encañonándola sin contemplaciones.

—Es asombroso —dijo al fin Marion Berry.

—¿Qué es asombroso? —indagó él.

—Verte ahora, después de tanto tiempo. Te imaginaba un espectro, una sombra del que eras. Y estás igual. Exactamente igual que entonces, Darrin.

—La cárcel cambia a las personas. También a mí, aunque no lo parezca.

—Lo sé. Pero no te ha cambiado apenas. El alcohol tampoco.

—Eso es ahora. Si me hubieras visto en el hospital celular... Era una piltrafa.

—¿Te curaste del todo?

—Sí —sonrió duramente—. Incluso puedo beber un trago de vez en cuando. No me seduce beber más. Estoy curado, Marion. Y nunca volveré a caer en eso. Baja los brazos, por favor. Y perdona.

El bajó su arma. Marion Berry amplió ligeramente su sonrisa.

—No te disculpes. Entré como un enemigo tuyo. Pero sabes que no lo soy.

—No sé nada. Todo el mundo es ahora mi enemigo. Me oculto como las ratas.

—¿Por qué has huido?

—Tenía que hacerlo. O me hubiese vuelto loco en la prisión.

—Si te cogen, tu condena será más larga ahora...

—Tienen que cogerme.

—Casi siempre lo hacen, Darrin.

—Veremos. No soy un preso vulgar.

—No, no lo eres —suspiró ella, moviendo tristemente la cabeza—. Pero otros pueden dar contigo como he dado yo. Nadie me tuvo que decir dónde estabas. Lo imaginé yo sola.

—¿Recordaste los viejos tiempos?

—Sí. Malcom no tenía secretos para mí... excepto en lo relativo a su traición. Eso nunca lo sospeché, hasta que ya estaba fuera de Inglaterra, con esos malditos espías enemigos nuestros. Nunca sabré si lo hizo por convicción o por dinero. Me envió un mensaje al regresar, con aquella misión criminal. Iba a visitarme. Pero no tuvo ocasión. Voló en pedazos cuando intentó el sabotaje...

—Y yo fui el culpable, ¿verdad? —murmuró tristemente Darrin.

—No, claro que no. Tú cumpliste con tu deber. Sólo hubo un culpable: Malcolm mismo. Fue indigno de la confianza depositada

en él. Traicionó a su patria, a mí, a todos sus camaradas y amigos... Tenía que terminar así.

—Quizá. Pero tuve que ser yo, su mejor camarada, quien le venciese.

—Eras el que mejor le conocía. Olvida eso, Darrin. Yo nunca he sentido contra ti animosidad alguna. Sentí la muerte de Malcolm, pese a todo. Pero tú cumpliste con tu misión, ni más ni menos. Lo sorprendente fue luego. Cuando mataste a aquel hombre...

—Si hubiera sido un espía enemigo, un adversario de Inglaterra, me hubieran condecorado por lo que hice. Pero era un aristócrata, un noble inglés... Noble de título, claro. Era tan canalla, tan despreciable como un traidor o un enemigo indigno. Sin embargo, eso no se tuvo en cuenta para condenarme. Nunca me arrepentiré de lo que hice. Merecía eso. Fue la manera de terminar con sus vilezas, Marion.

—Quizá tengas razón —suspiró ella, contemplando la mesa, la silla, el camastro y los alimentos en un estante—. Aquí vives tan cautivo como en la penitenciaría... ¿Qué piensas hacer?

—Evadirme, si es posible.

—¿Fuera de Inglaterra?

—Claro. Aquí nunca estaría seguro.

—Será difícil. Tienen controlados aeropuertos, estaciones ferroviarias y muelles.

—Lo imagino. La vida nunca es fácil en mis circunstancias.

—He venido por si puedo ayudarte. Imaginé que elegirías el viejo refugio, el que tú y Malcolm compartisteis a veces, y...

—No te mezcles en esto, Marion. No quisiera verte implicada con la ley.

—Darrin, hubo un día en que sentiste algo por mí —le recordó ella, mirándole fijamente—. ¿Lo recuerdas?

El la miró. Claro que recordaba. Eso fue antes de casarse ella con Malcolm, cuando ambos salían con ella, esperando quién sería el elegido. Entonces había sentido amor por ella. Marion era atractiva, inteligente, sensible. Aún era hermosa. Joven todavía, con sus ojos pardos, su nariz breve, su boca carnosa y su esbelta figura, siempre con el cabello corto y de suave color miel...

—No puedo olvidarlo —confesó—. ¿Por qué hablas de eso ahora?

—Porque me gusta recordar a veces el pasado. Creías que te elegiría a ti. Pero tenías fama de irresistible conquistador. Las mujeres, incluso cuando eran espías del enemigo, se rendían a tu atractivo varonil. Y eso me asustó y me irritó. No quería compartir con nadie. No sería feliz jamás, si sabía que otras mujeres se acostaban contigo y gozaban de tus caricias, de tus besos...

—Eran sólo maniobras profesionales. Unas horas haciendo el amor hacen conseguir a veces cosas que no se alcanzarían en meses de duro trabajo. El oficio de espía requiere esos procedimientos.

—Aún así, sabía que no podría soportarlo. Y elegí lo que yo creía seguridad y solidez. Escogí a Malcolm... Dios mío, qué estúpida fui... Seguí amándote, pese a él, pese a todo... Pero ya no tenía remedio. Luego, cuando le perdí a él definitivamente, me dije que no sería honesto ni noble volver junto a ti, porque tú habías sido quien le causó la muerte, aun con todas tus razones para ello. Y no volví.

—¿Por qué lo has hecho precisamente ahora?

—No lo sé. En primer lugar, porque deseo hacer algo por ti, ayudarte en este trance. Y en segundo... porque he descubierto que aún te amo, Darrin.

—Le rodeó con sus brazos, buscó sus labios y los besó. Wolfe sintió un estremecimiento. Aquella boca femenina, suave y húmeda, al presionar su boca, le hacía recordar el único beso que diera a Marion, años atrás, cuando ella le anunció que se casaba con Malcolm, y él se despidió en cierto modo de la muchacha que había esperado fuese suya.

—Marion... —murmuró—. ¿Crees que es tiempo ya? ¿No es demasiado tarde para todo?

—No, Darrin. Para todo... no —susurró ella.

Y estrechó más la presión de sus brazos, de sus labios anhelantes. Le atrajo insensiblemente hacia el camastro, cayeron ambos en él... y Darrin Wolfe, repentinamente, supo que una mujer se le entregaba, después de años enteros de j soledad en una celda, sin sentir junto a sí la carne cálida y prieta de un cuerpo femenino, anhelante y dócil ante sus caricias...

Sus dedos desprendieron la cremallera, bajo el impermeable que ya había caído. Su vestido se deslizó sobre la tersa carne blanca, los senos hermosos y suaves se liberaron, apretándose contra el torso

de Wolfe, buscando luego las caricias de su boca...

Y Darrin no pudo resistir más. Se entregó a aquel instante de pasión con la misma entrega ardorosa que ella. Marion Berry, la viuda del que fuera su mejor amigo y luego su mortal enemigo tras la traición incalificable contra su patria, era sólo su amante en estos momentos.

Una amante tierna, ardiente, sensual y rendida, que al fin era poseída por el hombre a quien más había amado, y al que quizá nunca pensó que tendría en sus brazos, para entregarse a él rendidamente, y ser todo lo feliz que jamás había sido.

Súbitamente, esa felicidad se quebró con violencia.

CAPÍTULO VII

Los disparos en la escalera acribillaron la puerta cerrada, levantando astillas. Fueron detonaciones apagadas, disparos hechos sin duda con un arma silenciosa.

Darrin y Marion se pusieron en pie de un salto, mirándose con estupor y temor. Ella se cubrió rápidamente, mientras él empuñaba su pistola y respondía a los disparos a través de la madera de la puerta. Eso hizo que cesaran fuera los taponazos de las armas silenciosas.

Una voz avisó con dureza:

—¡Darrin Wolfe, es mejor que no opongas resistencia! Sabemos que estás ahí, y tenemos orden de capturarte, vivo o muerto. De modo que elige tú mismo el procedimiento.

Darrin encajó sus mandíbulas fieramente. Estaba acorralado. El patio interior no tenía salida, salvo por la claraboya superior, pero era muy difícil alcanzarla, casi imposible, a causa de la ausencia de asideros en los muros. Por otro lado, tal vez esto era lo que había estado esperando. La policía no era la que atacaba. Ellos no usarían armas con silenciador en una operación.

—Pronto, Marion —susurró—. Por el patio. Escapa.

—No, Darrin —jadeó ella, despeinada, mirándole con ojos encendidos y tiernos, todavía con el arrebol en sus mejillas, tras los instantes vividos en brazos del hombre amado—. No te dejaré solo...

—No cometas errores absurdos —le replicó él—. Es posible que esos tipos no deseen realmente matarme. Mira los impactos de bala. Vienen de abajo arriba, y los proyectiles se clavaron en el techo. No quieren matarme, salvo si resisto.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Pero si no saben que estás aquí, tienes una posibilidad de desaparecer. A ti sí te matarían sin vacilar, para que no contaras a nadie lo sucedido, Marion. Ese patio no tiene salida, pero si te dejas caer en él...

—¿Abres o tiramos la puerta, Wolfe? —preguntó impaciente la voz allá fuera.

Y otros orificios se abrieron en la puerta, zumbando los proyectiles en la oscuridad de la estancia, puesto que ya antes había apagado Darrin la única luz, para evitar que les viesan a través de los boquetes de bala.

—¡Ya voy! —respondió él—. Esperad. Me entrego. No disparéis más...

Y añadió en voz baja, acabando de vestirse Marion, y empujándola él hacia la ventana:

—Te quedas en el patio, bien callada, y sales por esta misma ventana únicamente cuando no haya nadie aquí y veas que ellos se han ido. Sólo hay un piso de altura, de modo que podrás caer. Y subir también, si usas la tubería que conduce a este nivel. Ni un ruido, recuerda. Dejaré la ventana solo encajada. La empujas luego, y sales. Adiós. —Marion. Hasta otra vez, cariño...— la besó en los labios, y añadió en voz alta—. Ya voy... Me pillasteis desnudo, maldita sea...

—No hay mujeres aquí. Ni tampoco maricas —rió la voz de fuera—. O abres de una maldita vez, o acribillamos la puerta.

—Enseguida... —Abrió la ventana, y ayudó a Marion a salir por ella. Cuando la vio descolgarse al fondo del angosto patio, encajó la ventana, sin cerrarla, y fue a abrir.

Apenas lo hizo, varias armas le encañonaron. Unos hombres invadieron la pequeña habitación, mirando en torno. Pronto comprobaron que estaba solo.

—Adelante, Wolfe —ordenó uno de los cuatro hombres de ropas bien cortadas bajo sus gabardinas de color gris, expresión sombría y dura, y pistola con silenciador en la mano. Se quedaron con su arma—. Acompáñanos, si quieres vivir.

—¿No sois policías? —preguntó Wolfe, ingenuamente.

—¡Policías! —rió el otro—. De sobra sabes que no, no eres ningún tonto, a menos que la prisión haya deteriorado tu cerebro, Wolfe. Podemos ser amigos tuyos. Buenos amigos, y ayudarte en tus

dificultades. Pero si prefieres que seamos enemigos, podemos ser los peores del mundo, entiéndelo bien. Ahora, en marcha. Irás a un refugio mucho más confortable. Y también más seguro que este chamizo.

—¿Cómo supisteis dónde me escondía? —indagó Darrin, fingiendo extrañeza, camino ya del exterior, donde otros dos hombres armados esperaban su llegada.

—Las noticias vuelan en los bajos fondos —rió el jefe de sus captores—. Y tenemos buenos amigos y confidentes en todas partes, Wolfe. Da gracias a eso. Sabemos de buena tinta que la policía no anda lejos. Hubieran tardado uno o dos días más en dar inevitablemente contigo, amigo...

Llegaron al exterior del almacén y salieron del recinto de la vieja fábrica, reuniéndose con dos hombres más, igualmente armados, que montaban guardia junto a dos automóviles de color negro aparcados a escasa distancia uno de otro, en aquella solitaria y mal alumbrada zona del sur de Earls Court.

—Sube a ese coche —le incitó uno de ellos, presionando en sus riñones con el tubo del silenciador de su arma—. Nos largamos.

Se repartieron los ocho hombres entre los dos automóviles, y partieron a buena velocidad, con destino desconocido.

El pensamiento de Darrin, sentado entre dos de los captores, fue para Marion Berry. ¿Volvería a verla alguna vez?

No sabía si la amaba todavía realmente. Sólo estaba seguro de algo: había sido muy feliz con ella en aquellos minutos de mutuo placer. Y Marion también, sin duda alguna.

Pero no estaba seguro de amar. Nunca lo estaría, quizá, después de perder a la muchacha que se suicidó por culpa de aquel aristócrata ruin y brutal al que él había matado.

Y tampoco estaba seguro en estos momentos de cuál iba a ser su inmediato destino, en poder de aquellos hombres. Aunque algo le decía que estaba en el buen camino, y que ahora todo dependía de él. La vida y el éxito de su misión... o el fracaso y la muerte.

* * *

El nuevo refugio, ciertamente, era como habían dicho sus secuestradores.

Confortable, casi suntuoso. Sin un solo detalle para sentirse cómodo, desde el pequeño televisor en color hasta el mueble-bar, pasando por el frigorífico bien provisto de alimentos, los muebles sólidos y la cama muelle y blanda, digna de un potentado. Bastaba pulsar un botón para ser servido a las horas de comer y cenar y del desayuno. Tenía un cuarto de aseo contiguo. Pero carecía de ventanas, y la única puerta era sólida, forrada de plancha metálica y a prueba de cualquier intento de evasión.

Le habían vendado los ojos durante el viaje. Ignoraba dónde podía hallarse, pero había notado saltar el coche en ocasiones, como si rodaran por algún camino vecinal, en las afueras de Londres. Por la velocidad media del coche y el tiempo invertido en el viaje, cosa de una hora, calculó que debía de hallarse a unas sesenta o setenta millas de Londres, en alguna propiedad privada, posiblemente aislada y sólida, refugio habitual de los individuos en cuyo poder se hallaba.

Le permitieron dormir tranquilamente, tras quitarle todas sus ropas y cambiárselas por otras limpias y nuevas. Wolfe estuvo seguro de que no hacían eso por simple atención o pulcritud. Seguramente sus ropas viejas serían sometidas a un minucioso examen, por si llevaban incorporado algún micrófono o sistema especial de grabación, filmación, etc. Si aquella gente pertenecía a una organización de espionaje, como imaginaba, no se fiarían de nada ni de nadie.

También el calzado le había sido cambiado, con lo que su desnudez fue absoluta, antes de volverse a cambiar. Ellos sabían que nada en absoluto podía ocultarse en su cuerpo. Le habían mantenido en pie en una cámara, antes de entrar en esta lujosa estancia que sería su nueva celda, tal como vino al mundo, sin darle explicaciones, cosa de unos cinco minutos. Estuvo seguro de que le habían sometido a un riguroso control mediante Rayos X y detectores de ingenios electrónicos.

Habían hecho bien él y los de Inteligencia en no recurrir a algo tan arriesgado como adminículos microscópicos capaces de detectar su presencia en alguna parte. En un asunto así, resultaba elemental que sus enemigos le revisaran a fondo. Después de todo, aún no estaban totalmente seguros de que la evasión carcelaria de un hombre con la vieja fama de Darrin Wolfe, no obedeciera a un

posible truco para reintegrarle en los servicios de Inteligencia.

Aunque resultaba obvio que la filtración existente en los departamentos del Intelligence Service les había dado ya previa información favorable a Darrin, con el que ni siquiera por los conductos secretos habituales de la organización se había mencionado relación alguna como agente, ni su evasión era obra aparente de los servicios secretos, los componentes de esta organización enemiga extremaban sus precauciones para no correr el menor riesgo.

Y su objetivo, a no dudar, estaba ya claro; querían a Darrin como aliado suyo, como un nuevo traidor a la causa inglesa.

—Eso, justamente, es lo que se buscaba. Y se estaba a punto de conseguir...

Darrin saboreó un vaso de refrescante zumo de frutas, despreciando las numerosas botellas de *whisky*, *brandy* y *vodka* que se mostraban invitadoras en el mueble-bar. No quería que ni un átomo de alcohol empañara ahora sus reflejos y su actividad cerebral ni un solo instante.

Sabía que, de alguna forma, sus movimientos, actitudes y reacciones serían observadas minuciosamente a través de alguna oculta atalaya en la suntuosa estancia. Incluso era posible que un escondido objetivo de televisión en circuito cerrado, grabara en cinta de vídeo todos sus actos, incluso los más nimios. No debía traicionarse bajo concepto alguno.

Era preciso estar en guardia en todo momento. Pero no aparentarlo.

—Hola, irresistible señor Wolfe —dijo una voz melosa de repente.

Se volvió. Ni siquiera la había oído entrar. Pero estaba allí, ante la puerta que se cerraba de nuevo, sin el más leve roce.

Era una mujer, por supuesto. Una hermosa, fría y sofisticada mujer a la que nunca había visto antes de ahora.

Alta, piel bronceada, ojos y cabellos negros, ropas ajustadísimas al cuerpo, en color escarlata brillante, con pantalones muy ceñidos a sus piernas, como mallas de tejido rojo y elástico, hasta culminar en los zapatos igualmente rojos, de alto tacón, en brillante charol.

La boca gruesa, sensual, los ojos rasgados, las facciones inexpresivas, correspondían a una hembra tan hermosa como

distante y temible. Darrin tenía experiencia con las mujeres. Supo que no podía fiarse de ella.

—Hola —respondió fríamente, enarcando las cejas—. ¿Formas parte de mis comodidades en esta lujosa celda?

—De momento, no —sonrió, voluptuosa, contoneando sus caderas al moverse hacia él.

—Ya. Creí que con sólo pulsar el botón, vendrías a aliviar mi soledad. ¿Cuál es tu nombre?

—Zarah. Te sientes muy seguro ante las mujeres, ¿verdad?

—Siempre lo estuve.

—Creí que habrías perdido la costumbre. Varios años de soledad carcelaria, pueden convertir a un hombre como tú en una sombra. Ahora mismo, debes sentir deseos... Es tanto el tiempo que habrás pasado sin tener junto a ti una mujer, ¿no es cierto?

E insinuante, se situó ante él, adelantando su busto de forma que el tejido rojo proyectase la turgencia esplendorosa de sus senos. La lengua de la mujer asomó por entre sus carnosos labios, maliciosa.

Darrin sonrió, imperturbable. Se encogió de hombros, saboreando su zumo de frutas con indolencia.

—Si quieres probarlo, estoy dispuesto —dijo—. Pero ninguna mujer, ni siquiera ahora, me podrá hacer perder el equilibrio, preciosa.

—¿Tampoco el alcohol?

—Tampoco. He aprendido a dominar todos los vicios y tentaciones, Zarah.

—Me asombras. Otros hombres, al huir de presidio, son como fieras cuando se ven ante una mujer. ¿O estás fingiendo, intentando aparentar lo que no sientes?

—Es posible —sonrió Darrin—. Fingir y dominarse, tiene su mérito, Zarah. Sobre todo cuando uno no ha visto una mujer en varios años, salvó las fotografías de los periódicos o las imágenes de un televisor.

—Muy bien. Me gusta tu modo de ser. Me hablaron mucho de ti. Es posible que llegue a acudir a tus llamadas, como antes has sugerido, pero no ahora. Sólo quería conocerte, antes de que el Serpiente te reciba.

—¿El Serpiente? —repitió Darrin arrugando el ceño—. ¿Quién es ése? Conozco a muchos hampones de Inglaterra, pero no a

ninguno con ese extraño apodo...

—No es un hampón —rió Zarah de buen humor, guiñándole un ojo—. Ni le gustaría que le llamasen así. Presume de todo lo contrario. Un caballero. Un refinado *gentleman* del mundo de los espías.

—Espías... —Darrin fingió sufrir un sobresalto. Miró a Zarah, como si estuviese repentinamente inquieto—. ¿Es eso? ¿Sois... espías?

—¿No lo sospechabas? —Su sonrisa maliciosa se amplió. Estaba tan cerca de él, que sus pechos frotaban su brazo y torso. Eran duros, firmes y repletos.

—Empezaba a imaginarlo, sí. No me gusta esto.

—¿Por qué no?, tú también has sido espía, Wolfe.

—Lo he sido. Dejé de serlo, y juré que nunca volvería a ese trabajo. Nunca, bajo ningún pretexto.

—Cambiarás de idea —rió suavemente la hermosa hembra, sin dejar de rozarle con sus agresivas curvas enfundadas en brillante escarlata—. Ya lo verás, querido... El Serpiente lo conseguirá, estoy segura.

Y con un contoneo provocativo, se alejó de él bruscamente. Llegó ante la puerta, y no necesitó más. Ésta se abrió lentamente desde el exterior. La idea de un oculto objetivo de televisión, se confirmó en la mente de Darrin Wolfe, que aparentó quedarse muy abstraído y sombrío, dando vueltas a lo que parecía una novedad desagradable para él.

* * *

—Sí, Wolfe. Yo lo conseguiré. Tiene que volver a su vieja profesión. Darrin Wolfe era un agente demasiado bueno para perderlo definitivamente.

—Ya no sirvo —rechazó Darrin, en pie ante aquella mesa alumbrada por un poco de luz cruda, procedente de un flexo, tras el cual permanecía sentado el hombre delgado y frío de rostro apenas visible en la penumbra, afilado de facciones sin duda, pálido como sus huesudas manos bien manicuradas, en uno de cuyos dedos centelleaba la negrura pulimentada de un ónix sobre un reptil enroscado—. No me admiten mis compañeros de tarea. Soy un

personaje maldito. Ni siquiera el Servicio de Inteligencia puede librar a un homicida de prisión y devolverle a la vida normal. Causé baja definitiva entre ellos. Y la policía me acosa.

—Sabemos todo eso —suspiró el Serpiente, examinando minuciosamente una serie de documentos e informes sobre los que se derramaba el cono de luz dura y lechosa—. Y lo hemos comprobado minuciosamente. No queríamos sorpresas desagradables. Sabemos que usted es realmente un convicto evadido. Pero puede volver a ser quien fue. No entre los suyos, naturalmente. Como usted dice, eso se acabó.

—¿Me está proponiendo *traición*? —preguntó secamente Darrin.

—El nombre es lo de menos —las manos del Serpiente se crisparon como garras—. Es su gran oportunidad. Volver a ser quien fue. Ganar dinero, tener mujeres fáciles, ser respetado... y vengarse de la sociedad que le lanzó a una oscura y fría celda, por un montón de años.

—Siempre he despreciado a los traidores. Luché contra uno que había sido antes mi mejor amigo y compañero —rechazó con aspereza Wolfe.

Malcolm Berry —rió entre dientes el Serpiente—. También lo sabemos. Eso resulta admirable. Fidelidad al viejo león británico y todo eso. Pero no ganará nada con seguirle siendo fiel al que le cercenó la vida de raíz, por mucha que fuese su culpa en ello, Wolfe.

—Quizá tenga razón. Sin embargo, yo sólo deseo salir de Inglaterra e iniciar una vida normal en cualquier otra parte, lejos de las islas.

—Eso es difícil. ¿Cree que le dejarán vivir tranquilo sus antiguos compañeros del Servicio Secreto? Usted, en libertad, es un peligro para ellos. Conoce códigos, sistemas y procedimientos, está en el secreto de sus modos de actuar... Le eliminarán, vaya adonde vaya. No podrá vivir tranquilo, use el nombre que use. Piénselo, Wolfe. En cambio, mi oferta es mucho más tentadora y positiva.

—¿Cuál es? —preguntó Darrin, con tono desconfiado.

—Muy sencilla. Trabaje para nosotros durante solamente unos meses. Pongamos un plazo de tres meses. Sólo eso. Luego, tendrá derecho a elegir su futuro. Le pagaremos ciento cincuenta mil libras y otras doscientas cincuenta mil al terminar. Le facilitaremos una

nueva identidad en el país que usted elija, y si desea cirugía plástica, tenemos los mejores especialistas a nuestro servicio. Le ofrezco la impunidad definitiva, la fortuna y la vida cómoda, lejos de prisiones y de amenazas. ¿Quién le daría más a un simple evadido de prisión que se siente acorralado y sin medios de salir de estas islas?

—Supongamos que me niego. ¿Qué harán? —indagó Darrin fríamente.

—Muy sencillo: matarle... o entregarle a la policía. Volverá por más años aún a su incómoda celda de Newgate. Elija, Wolfe. Es su única oportunidad.

—Necesitaría tiempo... —mintió plausiblemente Darrin, con gesto sombrío.

—Se lo concedo —sonrió el Serpiente tras el chorro de luz que caía sobre sus manos delicadas y suaves—. Un día entero. Sólo un día. Dentro de veinticuatro horas, quiero una decisión. Apenas la haya tomado, avíseme. Si es afirmativa, Zarah le visitará para endulzar un poco su cautiverio momentáneo. Sé que una jaula es una jaula, por dorada y bella que sea. Pero puede salir pronto de ella. Está en su mano. Después, le será encargada su primera misión para nosotros. Si decide negarse... ya sabe lo que le espera. Felices horas, Wolfe. Y elija bien, amigo mío.

Unos hombres silenciosos le reintegraron a su confortable prisión. La puerta forrada de metal se cerró hermética tras él. Quedóse en medio de la estancia, con gesto huraño, profundamente preocupado en apariencia. Debía interpretar su papel en todo momento. Debían seguir atentamente todas sus reacciones.

Naturalmente, aceptó. A las veinticuatro horas de plazo, dio su respuesta al Serpiente, con aire hosco y malhumorado:

—No me queda otro remedio. Haré lo que sea. No quiero ir a prisión otra vez. Después de todo, no les debo nada.

—Perfecto, amigo mío —sonrió el Serpiente—. Veo que es sensato. No trate de engañarnos una vez libre, porque se le vigilará en principio estrechamente.

—¿No se fían de mí?

—No nos fiamos de nadie. Menos aún de un antiguo agente británico, aunque sea en su caso. Deberá probar que realmente nos va a ser fiel. Y su primera misión no resultará precisamente sencilla.

Pero resultará reveladora, definitiva.

—¿Cuál será, exactamente? —quiso saber Darrin.

Matar a *sir* Guy Haverley, su antiguo jefe.

CAPÍTULO VIII

Matar a *sir* Guy.

Una misión casi imposible. Una misión brutal, estremecedora.

Sabían lo que se hacían. Y tenía que seguir su juego, hasta encontrar desesperadamente una solución que no hundiera definitivamente su tarea. No podía avisar a *sir* Guy de lo que sucedía. No había tiempo para planear una estratagema. Y no podía fallar. Sería el fin de su misión.

De modo que tendría que hacerlo, por fantástico e inimaginable que resultara; tenía que matar a *sir* Guy.

Y lo haría.

* * *

—Matar a *sir* Guy...

Hazel Clifford, tendida en una litera, fuertemente sujeta por ligaduras, miró largamente al hombre que acababa de informarle de aquel horror.

—Sí, querida —asintió con cinismo Darrin Wolfe—. Lo siento por tu jefe. Vamos a deshacernos de él. Eso conmoverá profundamente a toda la organización secreta inglesa, desbaratándole durante un tiempo, al quedar sin jefe...

—Wolfe, usted fue agente inglés... No puede ser ahora un traidor... —musitó la cautiva con voz apagada.

—Lo lamento. Inglaterra no me pagó demasiado bien mi lealtad. Nadie movió un dedo en mi favor. De modo que yo tampoco haré nada por el viejo león británico, si otros me pagan mejor y, además, me devuelven mi libertad. Mataré a *sir* Guy, ciertamente. Haré lo

que sea por mí mismo, no por los demás.

—¿Por qué ha venido a contarme eso a mí? —gimió Hazel, muy pálida.

—El Serpiente así me lo ha pedido —sonrió Wolfe fríamente—. Y cumplo su petición. Eso le demostrará que no gana nada con callar. Va a ser sometida al pentothal sódico. Y si eso no resulta, a causa de su entrenamiento para soportar sueros de la verdad, como nos sucede a todos los que hemos servido a Su Majestad en el servicio secreto, recurrirán a la tortura. Es una tontería que se deje torturar, hermosa muchacha. Dígales cuanto sabe sobre el asunto de Bruselas, y terminemos con esto.

—¿Qué cree que harán entonces conmigo? —protestó ella, airada—. Eliminar-me. Si no me mató entonces ese horrible monstruo de cráneo de acero, es porque me necesitaban con vida para saber cuánto había averiguado en Europa. No, no hablaré.

—Allá usted —suspiró Darrin Wolfe, encogiéndose de hombros—. Sólo le daba un buen consejo, señorita Clifford.

—No acepto consejos de traidores —le replicó ella agriamente—. Pierde su tiempo, cobarde.

Muy bien. Actúe como quiera, señorita Clifford. De un modo u otro, le sacarán la verdad. Si teme morir, peor será hacerlo después de horribles sufrimientos. Porque la torturarán, no lo dude —hizo una pausa, rió, y añadió burlón—: Deplorable, ¿no? Pero cierto...

Ella enarcó las cejas. Le miró, con una especie de sorpresa en el fondo de sus pupilas, que rápidamente desapareció, dando paso al mismo gesto de desprecio y rabia de antes.

—Es usted un ser despreciable —respondió con frialdad—. Me da lástima oírle hablar así.

—La valerosa y patriótica jovencita, insulta al traidor de turno —comentó burlón Wolfe, haciendo una reverencia—. La dejo en su cautiverio. Y lamento que no haga caso de tan saludables consejos. Buena suerte, señorita Clifford.

—Váyase al diablo —fue la respuesta de ella.

Wolfe abandonó la estancia donde el Serpiente mantenía cautiva a Hazel, la actriz de televisión y espía de la Inteligencia británica. Al salir, le esperaba una tremenda sorpresa.

—Aquí tiene a su compañero de misión —dijo la voz suave de Zarah, la morena sensual, que aguardaba fuera de la estancia

destinada a la cautiva—. ¿Qué le parece?

Darrin Wolfe era un hombre experto en muchas lides difíciles, habituado a enfrentarse a lo insólito y lo peligroso. Aún así, se estremeció, realmente impresionado.

Era la primera vez que veía cara a cara al enemigo número uno del Servicio Secreto británico.

Cráneo de acero.

El monstruo de rostro metálico estaba allí. Ante él. Erguido, rígido, silencioso. Sólo una ranura horizontal, sin ojos, con sombras detrás. Un orificio para la boca. Un óvalo de acero bajo un sombrero negro. Manos enguantadas, crispadas, posiblemente metálicas también. Un cuerpo rígido inmóvil, bajo el abrigo negro abotonado.

—Hola, amigo —saludó, escudriñándole con desagrado.

El ser de metal no respondió, no hizo gesto ni ademán alguno con sus miembros. No se movió. Era como una estatua de frío acero azulado.

—Es muy callado —rió Zarah, burlona—. Un buen compañero. No molesta nunca.

—¿Qué diablos es? —farfulló Wolfe—. ¿Un robot?

—¿Usted qué cree?

—Tiene que serlo. Eso no es humano —lo contempló, pensativo—. ¿Qué se espera que haga conmigo?

—Lo que acostumbra a hacer: matar. Triturar a sus enemigos. El aplastará a *sir* Guy Haverley. Le hará papilla los huesos. Usted sólo tiene que llevarle hasta él. Conoce sus costumbres, sus métodos. Sabe cómo llegar hasta un personaje como *sir* Guy.

—Lo que no sé aún es cómo saldré, una vez muerto el tipo —refunfuñó Darrin.

—No tema. Será tarea sencilla. Le ayudaremos. Y nuestro ejecutor de metal no dejará de protegerle un momento.

—Ya —se frotó el mentón—. Personalmente, no me gusta su robot. Pero si no hay otro remedio...

—No, no lo hay —negó Zarah secamente—. Vuelvan de esa misión con éxito, Wolfe, y yo estaré esperando aquí. No te arrepentirás de nada. Soy mujer capaz de darte placer infinito, te lo aseguro.

Lo creo. —Darrin acarició los senos de la mujer morena, sin que

ella protestara—.

Volveré, aunque sólo sea para recibir tus favores, Zarah.

—Estoy segura que lo harás. Dicen que Darrin Wolfe jamás fracasó en sus trabajos.

—Eran otros tiempos. Y no llevaba un robot a mi lado. ¿Cómo diablos funciona?

—Es cosa nuestra. Actúa controlado desde un vehículo en el que ahora os dirigireis al lugar previsto en nuestros planes. ¿Dónde crees que es preferible atacar a *sir* Guy? ¿En las oficinas del Servicio de Inteligencia... o en su, hogar?

—Las oficinas son la boca del lobo —eludió Wolfe vivamente—. Tendrá que ser en su casa, forzosamente. Y aún allí, tiene a dos agentes del Yard vigilando día y noche...

Zarah sonrió, asintiendo.

—Veo que eres sincero. Esperaba que lo fueses, si obras lealmente con nosotros.

—Ya veo. Una trampa, ¿eh?

—Perdona, pero es necesario estar seguros de todo. Si eligieses las oficinas, sabríamos que deseabas el fracaso del plan. Y si no citas a los dos agentes, también. ¿Sabes cómo burlar la vigilancia y llegar hasta él?

—Lo sé. Tiene controles electrónicos de seguridad. Conozco la clave para desconectarlos. Eso, si no la han cambiado en estos años.

—Sólo personas muy de su confianza conocen ese dato. Tú eras el hombre de mayor confianza para *sir* Guy —suspiró Zarah—. Seguramente ni ha pensado remotamente que pudieras unirse a sus enemigos. No, no creo que alterase sus controles electrónicos. En tal caso, lo sabríamos, aunque desconociéramos el sistema.

Wolfe asintió, sin decir nada. Era obvio que Zarah no mentía. Su agente traidor, infiltrado en Inteligencia, les informaba de todo. La seguridad personal de *sir* Guy en su casa, no dependía directamente del departamento, pero de cambiar la clave de control electrónico, lo hubiesen sabido los del Servicio Secreto, porque eran los encargados de instalarlo con las máximas garantías confidenciales. De modo que el viejo sistema, el que él conocía, continuaba vigente.

Se preguntó, desesperado, cómo avisar de algún modo a *sir* Guy para evitar lo peor...

Pero no tenía medio alguno de hacerlo. Ni podía dar un paso en

falso, o todo se echaría a perder.

Le gustase o no la forma del juego establecido, se veía obligado a conducir a aquel monstruo metálico hasta *sir* Guy, con la intención de que éste fuese triturado por sus garras destructoras.

Solamente después, sobre el escenario de la tragedia prevista, era posible que hubiese una remota posibilidad de evitar lo inevitable. Era su único factor esperanzador. Si al menos hubiera podido comunicar con Inteligencia, advertir a *sir* Guy del peligro que le amenazaba...

* * *

Sir Guy estaba en casa. La vigilancia habitual, en la puerta del edificio. Tras esa puerta, una red de circuitos electrónicos aseguraban la imposibilidad de un agresor de llegar hasta el alto funcionario de Inteligencia.

Pero Darrin Wolfe conocía ese sistema. Y tenía que salvarlo, en compañía del terrorífico asesino de metal, para asesinar a su ex jefe.

En el interior de la furgoneta, el hombre metálico permanecía inmóvil, siempre callado, sentado en un banco alargado. Al fondo, unos agentes de el Serpiente activaban una serie de controles electrónicos, posiblemente para mantener al robot asesino en sus manos, a la espera de acontecimientos, a la vez que vigilaban el exterior por una cámara de televisión de circuito cerrado. Una pantalla, dentro del vehículo, reflejaba la fachada de la vivienda de *sir* Guy.

—Adelante —invitó uno de los hombres, tras hablar con alguien por radio, posiblemente con el Serpiente, como jefe de operaciones—. Es la hora, Wolfe. ¿Cree que podrán deshacerse de los vigilantes de la puerta y salvar los controles electrónicos?

—Sí, creo que sí. ¿Y después?

—Nosotros cubriremos su fuga —dijo uno de ellos, señalando las armas automáticas arrinconadas en la furgoneta—. No hay nada que temer. Usted, Wolfe, tome esa pistola con silenciador. Es un modelo especial. Puede disparar como una pistola convencional o hacerlo con ráfagas de ametralladora. Lleva un cargador de treinta proyectiles.

Era un arma respetable, bastante ligera para tales características.

Wolfe la tomó, estudiándola atentamente, afirmó con la cabeza, y vio cómo el robot se ponía lentamente en pie, echando a andar hacia la salida de la furgoneta. Wolfe le siguió, tras guardar el arma en su bolsillo.

—Que él no se encargue de los guardianes de fuera —avisó Wolfe secamente—. Yo los abatiré con mayor facilidad. Conozco la forma de hablarles con una señal de código, para que se confíen y me dejen aproximar sin sospechar nada. Cualquier ruido inoportuno, lo echaría todo a rodar.

—De acuerdo. Cráneo de Acero se ocupará exclusivamente de *sir* Guy. Usted, de los de la puerta y de los controles electrónicos. Vayan ya.

Se abrió la portezuela. Salieron a la calle, desierta y tranquila a aquellas horas de la noche. Angustiado, Darrin miró a la luz de una ventana alta. Allí estaba *sir* Guy en estos momentos.

«Dios mío —pensó—. ¿Cómo avisarle de lo que se le viene encima?».

El monstruo metálico se movía ya pausadamente hacia la casa. El caminó a su lado. Ignoraba si atendería a palabras pronunciadas por él, llegado el caso. Lo intentó:

—Es mejor que no te vean, robot. Tu cara brilla a la luz de las farolas, y andan buscando por todo Londres a un tipo como tú. Quédate en esa zona de sombra, frente a la casa. Yo cruzaré. Cuando haya acabado con ellos, acércate tú.

Esperó un segundo. Para su alivio, el robot entendía las órdenes verbales. Asintió en silencio, moviendo pesadamente su metálica cabeza. Cuando estuvieron en la zona oscura mencionada por Darrin, se detuvo.

—Buen chico —aprobó Wolfe, estudiando ceñudo la mole del demoníaco ser—. Quieto aquí ahora. Es mi turno.

Le dejó atrás, con cierto alivio. Sentir a su lado aquella figura siniestra, que sabía capaz de aplastar cabezas y cuerpos como si fuesen de vidrio, le causaba un especial desasosiego.

Tenía que deshacerse realmente de los dos vigilantes de Scotland Yard, o todo se iría al traste. Su mente daba vueltas y vueltas a la posibilidad de que estuviese haciendo lo peor: dejar el paso franco al monstruo, para matar a *sir* Guy realmente.

Pero no podía hacer otra cosa. Era demasiado pronto para

desenmascararse. Eso no haría otra cosa que arruinar su misión.

Los dos agentes de servicio, vestidos de paisano y armados sin duda, se quedaron mirándole fijamente cuando se aproximó a ellos, con el rostro oculto por la solapa subida de su gabardina.

—Eh, alto, señor —advirtió uno de los agentes—. No se puede acercar aquí.

—Perdonen —respondió Darrin—. La noche es agradable, y charlar con los amigos no tiene nada malo.

Era una frase convenida. Se usaba habitualmente entre personas de Inteligencia para identificarse entre sí.

—Cierto, señor —respondió el que hablara antes—. Podemos charlar, siempre que sea breve.

La respuesta convenida. Los agentes se relajaron. El otro se interesó:

—¿Quién es usted? ¿Puede identificarse?

—Claro —sonrió Wolfe—. Ahora mismo, amigos. Miren...

Buscó algo en su gabardina. Los dos agentes se inclinaron. Al salir la mano de Darrin, llevaba un documento que ellos intentaron leer a la claridad de la farola. No llegaron a hacerlo.

Darrin golpeó con ambas manos en sus nuca. Fueron dos golpes precisos, aparentemente suaves. Pero descargados en el lugar exacto. Los dos hombres cayeron como fardos. Rápidamente, Darrin extrajo hilo de seda muy resistente y unas tiras de cinta adhesiva. Ató y amordazó a ambos en pocos momentos. Ya el ser metálico cruzaba la calle, acercándose a él y a sus cautivos.

Metió a éstos en el portal, tras desconectar el sistema de acceso, y usar una ganzúa especial que le suministrara el Serpiente. El paso estaba inicialmente libre. Y había comprobado que el sistema de control electrónico era aún el mismo.

—Ahora hay que desconectar todo el cuadro de alarmas —silabeó junto al robot—. Si cualquiera de éstas funcionase, el Yard y las oficinas de Inteligencia serían avisadas automáticamente por la alarma.

El robot se limitó a asentir de nuevo. Por un momento, Darrin temió que pudiera aplastar las cabezas de los prisioneros, en su afán destructor, pero pasó junto a ellos sin atacar.

Darrin condujo a su siniestro compañero hasta un compartimento cercano, donde se hallaban los sistemas electrónicos

de seguridad de todo el edificio. Minuciosa, serenamente, fue desconectando todas las líneas, tras imprimir en el programador la palabra clave que era la desconexión automática.

—Listo —jadeó, al terminar, sudoroso y tenso—. Vamos arriba. El camino ya está libre... y es tu turno, robot.

Echaron a andar por el edificio. Subieron una amplia escalera medio alumbrada. *Sir* Guy ocupaba la tercera planta. Ya no sonaban las armas. El ignoraba que la muerte se estaba aproximando.

La mente de Wolfe era un hervidero. ¿Cómo avisar ahora? ¿Cómo? No podía desenmascarse ante el robot, pero tenía que evitar que matase a *sir* Guy. De aquí no podía pasar la estratagema. Era el fin de su misión.

Llegaron a la tercera planta. La puerta de la dependencia cedió sin hacer funcionar tampoco alarma alguna. Vieron luz al fondo. Los pasos del robot parecían ahora más apresurados, como si su alma de metal intuyera la proximidad de su víctima, y la fruición anticipada de la masacre alentase en aquel monstruo atroz.

De repente, Darrin sufrió un sobresalto. Se quedó rígido.

Allí estaba *sir* Guy Haverley.

Sentado de espaldas a ellos. Inclinado sobre su escritorio, ajeno a la amenaza letal que avanzaba hacia su persona...

Y el monstruo metálico, con mirada invisible fija en aquella cabeza canosa, en la nuca, avanzó implacable, alzando sus terroríficas manos destructoras, presto a la aniquilación sangrienta y bestial, una vez más...

Darrin Wolfe supo que ya no podía pasar de ahí. Preparó su arma. Y apuntó hacia el cuerpo metálico, presto a disparar y provocar la alarma...

CAPÍTULO IX

No fue necesario.

De repente, todo se iluminó con violencia.

Proyectores de luz cayeron sobre el despacho en sombras, inundándolo todo.

El robot emitió un sonido ronco, inarticulado, y avanzó veloz sobre la figura inclinada. Darrin entonces, con una imprecación, apretó el gatillo, disparando en ráfaga.

Silenciosas, las balas cayeron sobre la espalda del asesino de acero, rebotando estérilmente.

¡Y el robot aplastó de dos manotazos bestiales la cabeza de *sir* Guy Haverley, como si fuese simplemente un huevo, rompiéndola en pedazos!

Un alarido de horror escapó de labios de Darrin, hacia el cual se volvía en estos momentos el monstruo metálico, dejando escapar entre sus labios una ronca palabra de metálico sonido, algo así como una acusación mecánica, surgida del alma de aquella máquina asesina:

—¡Traidor!

Darrin le vio venir hacia él, mientras la destrozada cabeza de *sir* Guy caía sobre el mueble. Alzó de nuevo su arma. Apuntó a la cabeza de acero. Justamente a un punto concreto: el orificio de la boca del monstruo. Un blanco difícil, en el óvalo de acero azulado y frío de aquel rostro demoníaco e inhumano...

Apretó el gatillo, mientras la habitación se llenaba de hombres armados, como por arte de magia. Las balas penetraron por el orificio elegido. Dentro hubo algo raro; un sonido seco, gorgoteante... ¡y por la boca de metal surgió de pronto un oscuro reguero, que corrió por la faz de acero, absurdamente!

—¡Sangre! —masculló Darrin Wolfe—. ¡Sangre... en un robot!

Lentamente, la monstruosa figura metálica empezó a derrumbarse. Cayó pesadamente a sus pies, manoteando en el aire con sus terroríficas manazas crispadas. Luego, se quedó inmóvil. La sangre formaba charco ya bajo su cabeza de acero... —Dios, no lo entiendo...— jadeó Wolfe—. ¿Qué ocurre aquí?

Miró a su alrededor. No sólo los hombres armados rodeaban al robot y a él, sino que el propio *sir* Guy aparecía por una puerta lateral, sonriente y confiado. Wolfe miró hacia la mesa donde yacía la víctima de Cráneo de Acero, empezando a entender.

—Un muñeco de plástico... —murmuró—. Un simple maniquí en su lugar, *sir* Guy...

—Sí, Wolfe. Sólo eso —sonrió el alto funcionario jovialmente—. Sabía que intentaría evitar que sucediera. Pero quería saber cómo...

—No había otro medio, aunque haya fracasado en la misión, señor —balbuceó Darrin—. No podía dejarle morir. Pero ¿cómo se enteró?

—Mi querido amigo Wolfe, usted llevaba realmente consigo un emisor, aunque lo ignorase. Así seguimos sus pasos y oímos los planes de nuestros enemigos.

—Pero si me desnudaron y revisaron totalmente...

—Hay un material nuevo, en experimentación, refractario a todo detector. Lo llevaba usted en su esófago. Lo ingirió con su última cena en prisión. Y se adhirió a su esófago, recogiendo todos los sonidos de su voz y las de los más cercanos interlocutores suyos. —Increíble... Y yo ignorándolo...

—Creímos que sería mejor así. Eso daría más naturalidad a sus actos, Wolfe. En todo momento supimos dónde estaba, adónde iba, lo que hablaba y lo que hacía... y esperamos bien preparados, mientras otras fuerzas iban al refugio de esa organización. He recibido buenos informes: Zarah, el Serpiente y su gente, han sido capturados con vida. También se rescató a Hazel Clifford. Y en cuanto al traidor de nuestra organización... jamás existió.

—Pero si no había traidor, ellos ¿cómo sabían todo cuanto se hacía en el Servicio de Inteligencia?

—Muy sencillo: a través de un confidente involuntario. Lord Henry hablaba frecuentemente de los asuntos internos de Inteligencia con una persona de su total confianza y de la del

Gobierno: su hijo Dennis Greaves, presidente de la Anglo-American Electronic Corporation, empresa proveedora del Gobierno británico y de la OTAN en material de alta precisión militar y estratégica.

—Cielos... Dennis Greaves, un prohombre...

—Así es la vida. Dennis Greaves es el jefe de esa organización. Ya sabe: ansias de poder, ideologías políticas y todo eso, pueden cambiar al hombre más rico y respetable del mundo...

—¿Cómo lo han sabido?

—El estaba allí en todo momento: era el Serpiente —rió *sir* Guy—. Con una buena caracterización, para fingir ser un individuo sofisticado de los bajos fondos. Robaba sistemas electrónicos a la OTAN, para controlar ciertos missiles, cuando les hacía entrega de los pedidos, manipulando sus entregas de forma que quedaban en su poder elementos capaces de conectarse con los circuitos entregados a la OTAN y al Gobierno. En realidad, nunca eran robados. Sencillamente, se entregaban pedidos incompletos y manipulados que le daban el control a distancia de los sistemas de defensa y seguridad.

—Todo aclarado... excepto eso —señaló Darrin Wolfe al robot inerte—. Es sangre... Un ser metálico que sangra... ¿Qué explicación puede tener eso?

—Una sencilla: el Serpiente lo ha confesado ya a nuestra gente. ¿Quiere quitar la cabeza a ese... «robot», Wolfe?

—¿La cabeza?

—Sí, por favor...

—Está bien —asintió—. Así lo haré...

Se inclinó. Tiró del óvalo de metal. Y éste cedió, al ser desenroscado de su cuello.

Debajo, un rostro informe, desfigurado, de cuya boca brotaba sangre a borbotones, asomó ante el atónito Darrin.

—¡Un ser humano! —jadeó—. No era un robot...

—No, no lo era. ¿No le reconoce, pese a su deformidad física?

Darrin Wolfe le miró largamente. Estudió aquel rostro quemado, rugoso, desfigurado hasta la monstruosidad. Una imprecación brotó de sus labios:

—¡Malcom Berry! —clamó—. ¡El marido de Marion...!

—Exacto —asintió *sir* Guy—. Malcom Berry en persona...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué ese disfraz grotesco, ese rostro de metal?

—No era sólo el rostro —explicó *sir* Guy pacientemente—. Sus manos no existían, y llevaba dos prótesis de acero en su lugar, accionadas por un sistema electrónico conectado a su cuerpo. De un ser deforme, ya casi inhumano, unas prótesis metálicas y unos circuitos electrónicos, hicieron una especie de androide, mitad hombre, mitad máquina, que permitía sobrevivir a un Malcom Berry sediento de venganza, tras sufrir esas lesiones y amputaciones en la voladura de sus explosivos.

—Y volvió a Inglaterra para destruir a todos sus antiguos camaradas...

—Exacto, Wolfe. No podía hacerlo, si no era con esos ingenios creados por un experto de... del país que le acogió, así regresó, junto a esa organización de agentes internacionales, para vengarse de Inglaterra y de nosotros todos.

—¿Debe saber esto Marion?

—¿Su viuda? No. No se lo diga si no quiere, Wolfe. Es mejor el silencio. Mucho mejor... Ahora, vaya a verla si quiere. Aunque también Hazel Clifford tiene ganas de tratarle más a fondo, según me ha dicho —rió *sir* Guy—. Ella supo que usted no era un traidor, cuando le dijo la frase en código, allá en la madriguera de la organización enemiga: «Deplorable, ¿no? Pero cierto». Y desde entonces, sólo desea y ríe de nuevo, porque piensa que a su misión debe la vida. Y es lo cierto. Sin usted, ni Cráneo de Acero ni sus aliados hubiesen caído tan fácilmente en nuestro poder, Wolfe. Lo cierto es que se ha ganado sobradamente su redención, como lo ha firmado ya el ministro, y lo ha confirmado Su Majestad en persona. Regresa usted a nuestra organización limpio y con todos los honores. ¿Decide seguir con nosotros?

—Lo pensaré, después de ver a Marion Berry, señor.

—¿Y a Hazel Clifford? —rió *sir* Guy.

—Y a Hazel Clifford, claro está —sonrió él, guiñando el ojo con ironía.

Y salió del despacho. Era un hombre nuevo el que salía. El Darrin Wolfe de siempre.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.